

El yo y su control a través de los objetos en la agorafobia*

Jorge Mom
(Buenos Aires)

NOTICIA

No soy ajeno al conocimiento de la excesiva longitud de este trabajo; pero mis repetidos intentos de reducción lograron apenas un pequeñísimo éxito. En mi descargo sólo podría decir que en este caso clínico, la exclusión de algunos fragmentos, más o menos “excluíbles”, atentaba, a mi juicio, contra la claridad de algunos pasajes de por sí algo oscuros y que naturalmente lo hubiesen sido mucho más si se los hubiese aislado de cierto contexto general. Y con todo...

Y como sobre esos pasajes, trato de fundamentar algunas ideas que el tratamiento de esta paciente ha mostrado —en mi opinión— ser ciertas, he querido que los varios elementos que me permitieron hacer suposiciones, construir hipótesis, etc., actúen, en la mayor medida posible, en y sobre quienes van a leerlos, formándose un juicio sobre ellas. Ustedes.

Y mi idea fue una. La de ahondar en el conocimiento de la Psicopatología de la interrelación Agorafobia-Claustrofobia.

Y sólo esa línea intenta seguir mi presentación.

Y elaborándola, he encontrado una serie de aspectos —a mi juicio, de gran interés— que surgen de esa interrelación y que parecen llevarnos, por momentos, mucho “más allá” del problema actual de las *fobias*.

INTRODUCCION

* Esta comunicación fue leída en la Asociación Psicoanalítica Argentina el día martes 22 de diciembre de 1953.

En octubre de 1950, me hago cargo del tratamiento de una enferma llamada Isabel, a la que, por las características de su enfermedad, he analizado, con escasas excepciones, en su propia casa. Su enfermedad databa de siete años atrás (junio de 1943), cuando contaba veintiún años. Con intermitencias, en esos siete años, había logrado superar su imposibilidad de salir a la calle, aunque siempre con gran temor; pero desde hacia ya cosa de un año su reclusión era total, ya que cada vez que se propuso salir, una intensa angustia acompañada de taquicardia, agudos temblores y mareos, la hicieron volver precipitadamente desde el ascensor de su casa, que fue el punto más distante alcanzado. Además (en las raras oportunidades en que apareció), la sola idea de salir bastaba para desencadenar un cuadro de naturaleza similar al descrito.

Al verla por primera vez, me enteré que vivía con sus dos hermanos, Marta y Guillermo, mayores que ella, solteros los tres, y con su madrastra, Juana; que tenía dos hermanas más, casadas ambas, también mayores que ella, que vivían aparte. De modo tal que era Isabel (veintiocho años), la menor de cinco hermanos; que sus padres, primos hermanos, habían muerto (su madre cuando Isabel tenía un año y medio, y su padre, a los veintiún años de Isabel, en diciembre de 1943); que este último se había vuelto a casar en 1934, cuando Isabel tenía doce años; que había estado de novia con un primo hermano, entre 1945 y 1946, es decir, en plena enfermedad; que no tenía, prácticamente ningún dato de la madre; y que por último, había querido muchísimo a su padre y que, aún hoy en día, su memoria le era cara; y que ese gran cariño y devoción al recuerdo de esa figura querida, era tan sólo comparable al fastidio y antipatía que le había inspirado —con breves intermitencias— y le seguía inspirando su madrastra.

Quisiera describir a Isabel como una chica que dejaba traslucir algo especial: muy delgada, morocha, de mediana estatura, más bien “feúcha”, arreglada con gusto, aunque muy medidamente, con un bastante acentuado acné facial, producto de la medicación bromurada que desde hacía años, por consejo médico ingería —aunque por su cuenta en exceso— no había nada en ella que llamara la atención. Y sin embargo, tenía un “algo” que resultaba atractivo. Su mirada era abierta, su sonrisa franca, sus gestos agradables y con

un “movimiento” especial en toda ella. Tal vez todos estos elementos se unían para configurar una estructura armónica que, en ese aspecto, resultaba atractiva. Pero al lado de todo esto, otra impresión subsistía; y era la de como estar “usando” esas armas. Se podía pensar que trataba de compensar algunas cosas que la naturaleza no le había dado. Pero a diferencia de una simple compensación, Isabel no se detenía allí. Isabel avanzaba más. Isabel sobrecompensaba.

ANTECEDENTES

Los detalles proporcionados por Isabel, sobre su propia vida anterior a su enfermedad no fueron muchos. De sus primeros años, prácticamente no recuerda nada. Nunca tuvo datos sobre embarazo, parto ni lactancia, nunca supo estas “cosas”, ni jamás se le ocurrió preguntar, ya que desde que ella recuerda —y acrecentado en ocasión de su segundo matrimonio el padre impuso en su casa una costumbre: ordenó quitar todos los retratos de la madre y además, si no impuso, al menos sugirió que no se hablase más de ella—. De modo tal que Isabel, según manifestaba, no sabía casi nada de la madre ni tenía ningún recuerdo de ella; sólo unas cartas, en las cuales aparecía como “una mujer buena aunque no muy inteligente” y unas declaraciones del director espiritual que tuvo la madre: “Fue un alma de Dios dentro de su simpleza”.

En ocasión del casamiento del padre, frente al retrato de los padres, pero dirigiéndose a la madre, Isabel dijo: “Nunca vas a morir para mí; nunca nadie va a ocupar tu lugar”.

Siempre *vivió con* ellos su abuela paterna, persona muy inteligente que dirigía y “manejaba” la casa, y de quien Isabel parece haber adoptado algunos aspectos. Refiriéndose a la paciente, la abuela siempre dijo: “Isabel es distinta”, aludiendo con esto a la personalidad y muda rebeldía de la chica. Murió un año después del padre, quedando, a partir de ese momento, constituida la familia como se señaló al principio.

Cuando Isabel tenía doce años (1934) ocurrieron los siguientes acontecimientos.

- a) El padre estaba en vísperas de casarse.
- b) La segunda de sus hermanas comenzó un noviazgo con el que después sería su marido.
- c) La abuela, por el tiempo que esas cosas le exigían, se ocupó menos de Isabel.
- d) Isabel bajó seis kilos de peso. (Como debido a la ausencia de la abuela, comía sola a su regreso del colegio, sin que nadie la viese, tiraba la comida debajo de la mesa.)
- e) Isabel presentó una serie de síntomas claustrofóbicos (no podía viajar en ciertos vehículos, no podía permanecer en *una* habitación con la puerta cerrada, etc.; síntomas similares a los que ya desde tiempo atrás presentaba el padre).

En relación con *esto*, quiero destacar el que periódicamente, durante toda su vida (a estar a las manifestaciones familiares), Isabel tuvo “pequeñas dificultades” para salir sola.

El padre fue un hombre nervioso; aunque se cuidaba mucho de manifestarlo, sus síntomas claustrofóbicos no pasaron inadvertidos para Isabel. Siempre tuvo ésta una altísima valoración de él. Fue un conocido médico. Jamás tuvo una discusión, ni tan siquiera el “pensamiento” de tal, pues nunca supuso que su padre podría haber hecho algo malo en su vida. Fue un tuberculoso lobectomizado, al igual que el primo antes mencionado. Cuando el padre enfermó del corazón, poco tiempo después de su segundo casamiento, Isabel vivía pensando en él y tratando de cuidarlo en toda forma, siempre con el miedo de que le sucediese algo malo. Hasta que Isabel cumplió veinte *años*, el padre, de una forma *u* otra, manifestó su deseo de que no saliera sola. Por otro lado, igual actitud había asumido con sus otras hijas. Fue la imagen de la rectitud en todo sentido. Durante el análisis Isabel supo que el padre tuvo sus “asuntos”, afuera.

De sus hermanas no habla mucho. De Marta, que vive con ella, Isabel no

puede decir sino que nunca está enferma, nunca le pasa nada, y que es arisca, terca y obstinada.

Su madrastra, Juana, hasta que murió el padre de Isabel, “casi ni se metía” con ella. Después, algo más, aunque nunca se ha interesado por sus cosas. Isabel dice manejarla como quiere. Es desconfiada y susceptible; es “bruta”, no entendiendo Isabel cómo el padre, persona tan inteligente, pudo casarse con esa mujer. Religiosa hasta tal “ridículo punto”, que “por culpa de ella” Isabel ha perdido gran parte de su fe. Solían discutir mucho sobre este tema hasta hace poco tiempo; actualmente las relaciones son un poco mejores; Isabel habla bastante con ella y “No le digo nada y le saco todo lo que yo quiero”.

La vida que Isabel llevaba, hasta el comienzo de su enfermedad, era bastante simple y monótona; repartía su tiempo entre el colegio, algunas salidas y ciertas obligaciones sociales. Muy obediente y respetuosa, jamás pasó por su mente la idea de desobedecer no ya una orden sino una sugestión, un pedido, un deseo de su padre o de su abuela. Sus hermanas en general, y Marta en particular, eran mucho más desobedientes, provocando, en ocasiones, el disgusto del padre; Isabel nunca dio lugar a esto. Pero su vida cambiaba completamente durante el largo veraneo de casi seis meses que hacía, todos los años, en el Uruguay, en casa de su tía Catalina, hermana de la madre; además de sus hermanas, iban allí una cantidad de amigos, teniendo formado Isabel un círculo amplio, mucho más que aquí. Las hermanas seguían actuando en la misma forma que en Buenos Aires; en cambio, Isabel, si aquí pasaba la mayor parte del día en su casa, todo lo contrario ocurría en el Uruguay. Isabel habla de sus dos personalidades. Hasta en ocasiones fue “observada” por su tía, a pesar de ser ésta, de espíritu amplio y liberal. Isabel destaca especialmente esta situación y el hecho de sentir como pasaba su tiempo aquí, esperando que llegase el verano ansiado.

La muerte del padre se produjo a fines de 1943, a raíz de un síncope cardíaco, estando fuera de su casa. Pocos meses antes había comenzado, aparentemente, la enfermedad de Isabel, en forma de un ataque de angustia ocurrido en el cine, que la obligó a volver precipitadamente a su casa, acompañada por la tía Catalina, que, junto con otra gente, estaba con ella. En esos días, el padre y todas las demás personas de la familia, excepto la abue-

la, estaban enfermos de gripe. Nunca pudo Isabel explicar exactamente qué la angustió. Sólo mencionó el hecho y que en el cine pasaban una película de guerra; este tema de la guerra, en un sentido general, solía provocarle un cierto temor, por la posibilidad de que el conflicto pudiese extenderse hasta aquí.

Toda la sintomatología —y aún más, toda Isabel— era claramente histérica. Nada dejaba lugar a dudas: su evidente relación edípica positiva, es decir, su manifiesto amor y dedicación a su padre en vida, el acendrado culto a su memoria, el desenfadado odio a la madrastra rival, su enflaquecimiento extremo en ocasión del casamiento del padre, el comienzo de sus síntomas, tan iguales a los del padre (identificación como desenlace de una relación de objeto), sus posteriores síntomas, tan opuestos a los paternos (rechazo y negación de la identificación prohibida), sus actitudes reactivas en relación con su madrastra, su inmediata y “apasionada” relación transferencial, etc., amén de ella misma, viva imagen de la histérica, esbelta, grácil, con un llamativo “movimiento” donde la fingida torpeza tendía a acentuar más aún cierto y especial encanto, seductora, emotiva fácil, aparentemente apasionada, aunque dejando adivinar por debajo una frialdad e imposibilidad interna de contacto muy grande; todo esto afirmaba el diagnóstico a ojos cerrados.

CONSIDERACIONES

SOBRE ALGUNOS ASPECTOS INICIALES

Es curioso el observar cómo, tanto la claustrofobia como la agorafobia, en detalle último, son dos entidades que muestran, en forma dramática, una disociación o división perfecta en el paciente aquejado de alguna de ellas. En efecto, en Isabel se ve esta situación: Isabel adentro e Isabel afuera es igual a Isabel tranquila e Isabel aterrada. Es decir, en un lugar no hay peligros, en otros sí. Pero como sabemos que peligros o no peligros los hay en todas partes, habría que pensar que Isabel había dividido esta situación única en dos: una donde no hay peligros y otra donde sí los hay. Y sería precisamente por esta división, que Isabel podría, finalmente, haber resuelto, aunque neuróticamente desde luego, una situación en la que había peligros en todos

lados. Para apoyar esta afirmación, están todos los elementos ahora y claustrofóbicos indiscriminadamente, que en un tiempo tenía Isabel. Es decir, que en una época anterior, existía Una Isabel que a veces era agorafóbica y otras claustrofóbica. Esa Isabel que podía ser agorafóbica o claustrofóbica, ahora es sólo agorafóbica. El aspecto claustrofóbico parece haber desaparecido de ella, estar fuera de ella. Se podría entonces pensar, que lo que sucedía antes era que los peligros los sentía Isabel tanto adentro como afuera, la acompañaban constantemente, estaban con ella, es decir, estaban en ella. Parece entonces, que en el momento en que “coloca” sus peligros internos en un lado, se cumple aquello de poder vivir tranquila en el otro lado. Aunque un detalle más sería necesario para que se cumpliera esto último: evitar a través de un *cuidadoso control, que*, a partir de ese momento, esos dos lugares se pongan en contacto. Es decir, debe cuidar de no ir desde adentro, donde está ella, hacia afuera: ni que el afuera, donde está lo temido, vaya hacia adentro, donde está ella. Es decir, una vez expulsada, deberá inmovilizar la situación de ida y vuelta. No puede seguir proyectando, pues acabaría por morir y no puede reintroyectar, pues volvería a introducir lo que en su fantasía la mata. Pero tampoco puede dejar de mantener la división; debe controlar el afuera y el adentro.

Hasta mi ida a su casa, esas eran sus sensaciones: había un adentro y un afuera. Vivía tranquilamente adentro, a condición de no ir (o no pensar en ir afuera). Ha solucionado el conflicto que le significaba el salir, no saliendo. Ha quedado tranquila, a condición de prescindir del “afuera”, de todo el aspecto de ella que iba afuera. Isabel no ha perdido solamente el afuera, la calle, sino que también perdió la Isabel que salía a la calle. En su estructura, en su yo, falta algo: el aspecto de su yo que estaba presente, cuando Isabel estaba en la calle. Y como Isabel ha dejado la calle “afuera”, ese aspecto de su yo que actuaba en la calle esta “afuera” de ella también; es decir, es un yo “claustrofóbico” con respecto a Isabel.

Esas sensaciones de “adentro” y “afuera”, cambian cuando yo llego, ya que vengo de afuera, pero no como objeto conocido *sino* como alguien desconocido, peligroso en potencia ya que provengo del lugar donde Isabel ha “colocado” sus aspectos temidos. Y el primer día que yo fui a su casa, como estaba sola, llamé a una tía para que le hiciese compañía durante la entrevista (no estuvo con nosotros pero estaba en la casa). Sólo me fue presentada y

ocurrió que me conocía; e Isabel sabía esto con anterioridad. Es decir, hay una respuesta a un estímulo. Un aspecto de ella acepta, porque lo ha buscado, al elemento u objeto que viene de afuera, el psicoanalista para curarse; el otro, se defiende o se aferra en seguida a un elemento u objeto protector (en esa oportunidad y en días subsiguientes, Isabel me señaló que no podía quedarse sola en su casa, pues la sola idea le producía un miedo intenso). Su fobia se acentúa y toma una característica distinta; ya no es sólo al lugar (afuera); ahora es también a la soledad. Su casa ya no es un refugio seguro; ha sido penetrada, invadida, violada.

Esa sería la situación habitual, ya que en todo análisis vemos, que al lado de un deseo consciente hay una resistencia más o menos consciente también. Pero lo que quiero destacar aquí, es la diferencia en la forma; lo que en otro enfermo ocurriría dentro de él mismo, en Isabel acaba de adoptar una expresión distinta. Si a la primera interpretación analítica, el neurótico reacciona aceptando y rechazando, Isabel reacciona a mi presencia con otra presencia. La sensación de peligro sentida por Isabel, encuentra una forma de manifestarse no en ella, sino “fuera” de ella. Ya está expresando cómo va a configurar en el exterior, toda una serie de situaciones sentidas primero en su interior. Restablece, entonces, el equilibrio anterior perturbado por mi introducción. Antes, si la “tranquilidad” estaba en ella y el “peligro” afuera, ahora el “peligro” se “introduce” en ella. Entonces, para defenderse de la “contaminación” su “tranquilidad” necesita (y ya que su equilibrio fue perturbado por la introducción de un objeto), otro objeto, fuera de ella, en quien personificase, como mecanismo defensivo contra la situación depresiva. Pero ocurre que, una vez conseguido, ese objeto contiene una parte, un aspecto de ella; y por tanto, ya no lo puede dejar ir. Y ahí comienza, ya, el dramático control del objeto por parte de Isabel. Ya ha habido un cambio; ya se han substituido lugares por personas. La división sería la misma: “dentro” y “fuera”, “malo” y “bueno”, “tranquilidad” e “intranquilidad”; pero el control del lugar cede, para convertirse en control objetal.

ALGUNOS ASPECTOS DEL DESARROLLO DEL ANALISIS

El control del objeto enmarca la historia de Isabel desde mi ida a su casa. Coincidiendo con la iniciación de su análisis Isabel no podía quedarse sola en su casa. Y ése pasó a ser el punto dominante. De la calle ni se hablaba, ya que Isabel no podía ni pensar siquiera en eso. Toda su energía, todos sus esfuerzos, fueron condicionados a evitar el quedarse sola. Constantemente una persona, su hermana Marta o su madrastra Juana, debían permanecer en casa con ella. Previas dos o tres “escenas” de Isabel, este hecho se convirtió en ley. Ya Juana o Marta sabían que si una salía, la otra debía quedarse. En ocasiones en que ambas debieron salir, fue necesario llamar a otra persona (tías o hermanas que gozaban del “visto bueno” de Isabel), para que permanecieran con la enferma. El hecho concreto era que sí la “reemplazante” demoraba, la “titular” debía esperar hasta que llegara la otra. Ni un segundo podía Isabel permanecer sola.

Llevaría muchas *páginas* el relato de cómo fue, progresivamente, ensanchándose el número de objetos que de una u otra forma giraban, controlados, alrededor de Isabel, de mi incorporación en ese círculo (ella podía, al cabo de un tiempo, quedar sola conmigo en su casa), de la paulatina introducción de un antiguo amigo, Carlos, que iba con frecuencia a verla, y que, a partir de mayo de 1951, se convirtió en novio y acompañante casi constante. Isabel hablaba —y habla— de Carlos, como de alguien enviado por mí para ocupar el lugar que yo no podía tener con ella. Yo le he abierto una ventana al mundo; le he “mostrado” otra cosa, pero no puedo acompañarla en esa *otra* “cosa”. Y he mandado a Carlos. “Carlos es su continuador, Dr. Mom”.

El “poder de atracción” de Isabel, su capacidad de seducción, es muy grande. Infinidad de los más variados ejemplos darían fe de esto. Ella habla de un “algo” que tiene, que hace que la gente se vaya con ella. Con sólo verla u oírla, aunque sea a través del teléfono. Y ella, muy sonriente, se refiere a que: “Es un espanto las cosas que le pasan a una, Dr. Mom!”

Retomando el tema anterior, quisiera señalar que si Isabel podía quedarse sola conmigo, después de un tiempo, es obvio que mi peligrosidad se había reducido, que yo no era como el primer día. En efecto, podía quedarse sola conmigo; hasta es más, estaba muy tranquila. Cuando yo iba la persona acompañante podía salir. Me “convertía” en acompañante. Me concedía ca-

racteres de persona útil, pero para acompañarla, porque por otro lado me señalaba que se le ocurría una cantidad de cosas, de las cuales “no sé por qué, pero no le digo nada a Ud.”. El mostrarle cómo me anulaba en mi capacidad de psicoanalista, cómo yo no era sino una “dama de compañía”, cómo me había “quitado” el sello de afuera, de “peligrosidad”, cómo, en síntesis, me había castrado, provocaba interrupciones en la sesión, ya que, desesperada, * debía inmediatamente llamar a Carlos para que fuese en seguida a casa de ella y estar cuando yo me fuese, ya que de lo contrario no me dejaría ir, aunque hubiese una persona con ella. En esos momentos, era claramente visible su angustia, que sólo se calmaba un tanto si Carlos iba, o al menos era localizado. (Destaco el elemento de “quitar”, “anular”, por haber sido un tema sobre el que se trabajó mucho).

Isabel hizo, en diciembre de 1951, su primera salida después de dos años. Fue a mi consultorio para realizar su sesión allí. (No entro en detalles pues nos desviaríamos un tanto del tema central. Lo que puedo decir es que su salida obedeció a su necesidad de obtener un control sobre mi casa, sobre la pareja analista-mujer del analista). Lo interesante es que ese mismo día, dejó salir a Marta, a quien había controlado con su agorafobia desde hacía mucho tiempo ya. Su control sobre Marta siempre había sido motivado por el temor a quedarse sola y por el temor de que le pudiese “pasar algo” a Marta, pues ésta salía anteriormente con un grupo de matrimonios amigos que siempre habían sido objeto de “sospechas” sobre sus intenciones, por parte de Isabel.

Durante mucho tiempo impidió la salida de Marta, pues si no, ella habría quedado sola; y además para “proteger” a Marta, para que no le pasara nada. Isabel, agorafóbica, hacía con Marta lo que su agorafobia hacía con ella: convertirla en agorafóbica. Identificando proyectivamente la parte “claustrofóbica” de su yo (yo claustrofóbico) sobre Marta y actuando ella (Isabel) como agorafóbica, controlaba, reteniéndola, (además, por supuesto, de agredir a Marta) la temida posibilidad de que, afuera, le “pasara” algo a Marta, y a su través, a su yo claustrofóbico en Marta.

Por otro lado, para Isabel, la unión de una persona con otra (en este caso Marta y otra) era sinónimo de peligro. Y hay antecedente en relación con esta idea:

* Palabra introducida y *muy* usada por Isabel.

- a) Una tía de ella, de su mismo nombre y apellido, murió quince días después de haberse casado.
- b) Su propio padre contrajo la cardiopatía que finalmente lo mató, poco tiempo después de haberse casado con Juana.
- c) La madre de Isabel murió en situaciones especiales: la hermana mayor de Isabel, Ana, había enfermado de tifus, y con el objeto de atenderla en todas sus necesidades, la madre se encerró con ella, aislándose del resto de la familia durante quince días; al cabo de ellos, Ana curó, la madre, “contagiada”, enfermó también de fiebre tifoidea, muriendo un mes después.
- d) Isabel tuvo un sueño: aparecía ella en una sala de juego con mesas de ruleta, gente, etc. Va subiendo una escalera muy larga. Llega por último a un lugar en lo alto, donde se ven dos ataúdes, uno al lado del otro; en uno está la madre; en el otro el padre.

A partir de esa su primer salida, y en adelante, Isabel realizó salidas periódicas con Carlos, cerca de su casa. Sólo salía con Carlos. Por otro lado señalaba que su máxima preocupación era Marta, ya que no podía tolerar que ésta saliese, aprovechando los momentos en que ella salía. Marta debía quedarse aunque Isabel saliese. Redoblé su control sobre Marta a tal punto que, al cabo de poco tiempo, volvió Marta a no salir a ningún lado. Todo parecía estar bien, como antes, pero como Marta se debilitó, cayó enferma, etc., Isabel se sentía culpable “por enfermar a la gente” vinculada a ella.

El control rígido, unido al miedo y al temor que Marta se “fuese”, y a su “sensación de culpa”, convertían a ésta en objeto poco seguro y “perseguidor”.

Decía Isabel que no podía pensar en casarse con Carlos, por causa de Marta. Sólo si ésta se muriese podía hacerlo. (El morir se era “terminante”; no era lo mismo “que se vaya al extranjero o que ingrese a un convento. Debía morir”). Hasta hace poco Marta estaba como “muerta”. No salía de su casa porque Isabel no la dejaba (y hasta iba perdiendo el interés). Apenas Isabel salió, Marta también salió; es decir, había hecho Isabel revivir algo que estaba muerto; y lo que estaba muerto en Marta era la sexualidad. Y esta sexualidad iba acompañada, para Isabel, por una sensación destructiva; era, por lo tanto, una sexualidad destructiva (gente que se une, sueño de los ataúdes, etc.). Por

eso debía matar su sexualidad destructiva (Marta), para unirse con Carlos. De lo contrario, o se “moría” como la tía citada, o “mataba” como Juana, que “mató” al padre por relaciones sexuales. Condensaba en Marta la “maldad” de Juana que “maté” heterosexualmente al padre y de Ana, que “maté” a la madre. Por eso, debía “matar” a Marta, su perseguidora, su propia destrucción interior, su agresividad. Y eso reviviría a los padres. Y en su fantasía debía matarla antes que Marta la matase a ella, o que empezase ella a matar. Pero por las razones que veremos después, esto no era una solución. Lo que debía hacer era paralizar los mecanismos de introyección y proyección; anular sin llegar a matar.

En el plano transferencial, Isabel señaló que no iría más a mi consultorio: “No tengo ganas”. Y se explica muy bien esto. Había transferido toda su relación con las figuras de sus padres a mi casa, a la pareja. Y quería ponerse en contacto con nosotros, con la “pareja”, quería “revivir” a sus padres. Pero el “quid” era Marta. Si Isabel iba a mi casa, Marta “vivía”. Y se habría dado el caso paradójico, entonces, que Isabel, que decía que nos quería mucho, que le gustaría ser como nosotros, iría a vernos con toda “su Marta” (muerte), para volvernos a “matar” después de habernos hecho “revivir”. Entonces, empleando un mecanismo fóbico, enquistaba mi casa y salía a otros lados (siempre muy cerca de su casa y *siempre con Carlos*).

Por esta misma época, las mencionadas sensaciones de poca seguridad con respecto a Marta, el miedo a ella, etc., hacen, que al final de sus casi diarias salidas con Carlos, Isabel no quiera volver a su casa, pareciendo, en esos momentos, no una agorafóbica sino una claustrofóbica. Sólo si al volver Carlos se queda con ella, todo está muy bien. Marta puede salir; puede Isabel prescindir de ella. Pero no ya de Carlos, ni, poco después, de mí. Entonces Carlos sirve “adentro” y “afuera” como acompañante. Antes, necesitaba a Marta para estar adentro y a Carlos para estar afuera. Parecería que Carlos tiene ahora, los dos aspectos de ella. Como si las dos “partes” de *Isabel*, disociadas antes y “colocadas” en dos objetos, lo estuviesen ahora en uno solo. Y luego, nuevamente en dos: Carlos y yo. Comienza un dramático control de Carlos, quien debe estar *dispuesto siempre* a contestar el llamado de Isabel o a acudir inmediatamente, so pena de un incremento enorme en la angustia que ya tenía al telefonar. Sólo cuando yo estoy, Carlos puede irse; pero debe volver antes que yo me vaya. Es interesante el que esta técnica de control, excluye la

posibilidad del encuentro de los objetos controlados fuera del alcance del “controlador”. Ya que esta exigencia a Carlos comienza luego de una sesión en la que Isabel señala su preocupación y su temor ante la actitud de él, a quien encuentra algo frío, distante, parecido a mí y con cierta disposición a tener “iniciativas privadas”. “Carlos está de lo más raro últimamente, Dr. Mom. ¿No se encontró abajo con Ud. ayer?” Y en efecto, a partir de ese momento y por un tiempo, sólo vi a Carlos al entrar y salir, siempre delante de Isabel. El problema era diferenciarnos, hacernos *distintos uno* al otro; que Carlos fuese Carlos y que yo fuese yo; y que su contacto con uno no tuviese mezcla alguna con el otro, ni del otro.

Esta reacción ante un parecido es similar a la que experimentaba en un momento en que “debía” sentir angustia y no sentía. (Por ejemplo, no encontrar a Carlos, quedarse sola con Marta, etc.). O ante un momento en que se daba cuenta que tanto podía desesperarse como quedarse lo más tranquila. Esa inseguridad (posibilidad de cualquiera de dos reacciones, al enfrentarse con algo que habitualmente provocaba una) desencadenaba en Isabel una crisis de angustia intensísima y el inmediato llamado telefónico a Carlos o a mí, para que le explicara, como en una ocasión me dijo, “quién era quien”, ya que en esos momentos “No me controlo, Dr. Mom”.

Resulta de sumo interés ese miedo de Isabel ante la situación nueva, ante el cambio que se opera en un momento. Ese salir a la calle y súbitamente darse cuenta que no tiene miedo, siendo que “debía” tener miedo, que siempre había tenido miedo, no puede ser considerado por ella como un adelanto, un cambio favorable. Implica una revolucionaria transformación. No es sólo que ahora no tiene miedo, es que el miedo que antes tenía, no está, se ha perdido. Su actitud, que hizo que adquiriese algo, ha hecho que perdiese algo también. Ha habido una substitución, no una adición. En una sesión, Isabel me dijo que, pensando en la educación que el padre le había dado, sintió una rabia muy grande hacia él; y se asustó mucho. Es, entonces, la misma sensación anterior; no es sólo la rabia lo que la ha asustado; es la comprobación de que teniendo rabia no lo quería. Y siempre lo había querido. Su segunda actitud había eliminado la primera. Es decir, su rabia en un punto (educación) había tenido el poder de matar su amor por la figura total. Ella no era ahora como antes. Y el objeto tampoco. Ha perdido algo de ella y ha perdido al objeto y a una relación con el objeto, por haber cambiado. No puede tener dos tipos de relación con el

mismo objeto, al mismo tiempo.

MIEDO A QUEDARSE SOLA URGENCIA POR EL OBJETO SOLEDA

Y quisiera, ahora, retomar estas ideas ya esbozadas anteriormente.

En momentos en que existe la posibilidad de quedarse “sola” y el de no saber dónde está Carlos, o si en esos momentos Carlos va de un lado a otro (es decir, no puede ser localizado en ese momento), o si no me ubica, experimenta una angustia indescriptible. Se mueve incoordinadamente, se agita, llora, siente mareos y está a punto de gritar. No lo ha hecho todavía; eso es locura y la sola mención de la palabra horroriza a Isabel. Su miedo es llegar a hacerlo. Otra sensación que experimenta es la de como que (o que) se cae, porque *está “vacía”*. Si puede efectuar movimientos más o menos coordinados, arregla algo para la casa. Pero siempre va al espejo, se mira desesperada y se arregla como si fuera a salir. Pero tomando para esta tarea una hora o más, en ocasiones. Todo concluye al llegar Carlos o tener noticias de él. Me llamó particularmente la atención su frase: “Siento como si me fuera a desmembrar en pedazos”, cuando se mira al espejo. La urgencia por el objeto en esos momentos es tal, que no puede pensar en los segundos que Carlos emplearía en llegar desde su casa, distante tres cuerdas. En realidad, no puede pensar en la posibilidad de que no esté ahí, en casa de ella, en ella. Es un llamado angustiante ante una sensación tan angustiante que reclama su cesación inmediata. Y que no admite demora alguna.

Pero esta actitud ha experimentado variantes ya que, muchas veces, desesperada, tenía necesidad de llamarme a mí o de llamar a los dos, a Carlos y a mí.

Esto es todo lo que Isabel, en un momento de soledad, puede hacer.

¿Por qué la idea de soledad es tan terrible? Y parece ser, en efecto, terrible, ya que en esos momentos, Isabel, ante el espejo, aterrorizada, tiene la sensación de su desintegración, de su rompimiento en pedazos, * que intenta

* Alrededor del mes de comenzado su análisis, Isabel relató un sueño en el que aparecían representados toda una serie de personajes de su familia además de ella misma y yo. Todos como

controlar “mirando”, “deteniendo” el proceso hasta que llegue Carlos, y arreglando su profundo desarreglo interior y su “fealdad”; como “tapando” con su “maquillaje”, las fisuras que habría en su cara, que de seguir marcándose se convertirían en surcos que separan. Algo así como si intentase reemplazar la falta de “goma” para pegar esos *pedazos*, que todavía no lo son, pero que podrían llegar a serlo.

Parece que la llegada de Carlos tiene por resultado calmar algo su angustia. (En una oportunidad al llegar a su casa, encontré a Isabel en cama, con las cobijas revueltas, con todas sus ropas sueltas, acurrucada, con cara de loca, con la boca reseca, llorando y temblando, y Carlos a su lado, dándole, por cucharaditas, te con leche. El cuadro de alimentación del lactante era patético. Me dijo en seguida: “Estoy un poco más tranquila, Dr. Mom, pero creí que me moría”). La falta del “pecho bueno”, el pasaje y tentativa de reemplazo por el pene, la sensación de su destrucción interna, de su “muerte o locura” y su esfuerzo por salvarse, están representados en un pensamiento de esa época, que no sabe si fue sueño o fantasía: “Me veía en pleno campo, sola, desesperada, y gritándole a una vaca, la cual, por ser vaca, no me respondía. En eso aparecía Carlos y yo gritaba un poco menos. Era terrible”.

Es obvia la importancia de la presencia de Carlos en esos momentos, quien, como pecho gratificador que se introyecta, sirve de punto central o de imán (cohesión) para evitar la dispersión o desintegración de Isabel. La soledad como algo terrible debido a la falta del pecho es algo sobreentendido. Pero lo que yo quiero destacar aquí es lo terrible de la soledad por la imposibilidad de externalizar con una “forma” el impulso destructivo. Si el impulso destructivo fuese muy fuerte, amenazando internamente destruir al sujeto, dificultando el mantenimiento de los límites, de la disociación interior, la soledad imposibilitaría el mecanismo defensivo de proyección y disociación externa, ya que no había objeto externo. Por eso es que necesitaría el objeto afuera, externo. Y es por eso que pienso que la soledad es terrible porque no se puede proyectar sobre algo, sobre un objeto; no se puede personificar.

Su sensación de destrucción interna es tal, que, por momentos, resulta

estatuas. Y todas las estatuas se desintegraban, se rompían en pedazos y caían; la única que permanecía, era la que me representaba a mí.

incontrolable. Entonces, el objeto exterior, con su cuerpo, con su forma, con sus límites, contiene, le asegura, limita su sensación destructiva. Que es informe. (A partir de octubre de 1953, recién puede Isabel dormir sin la luz prendida). Al objeto externo lo tiene delante y lo mira; y esa es la razón por la cual Isabel no ha podido recostarse nunca en las sesiones; las realiza sentada, mirándome.

Si hay objeto externo es que ha podido personificar; toda su función ulterior es controlar la actividad del objeto cargado con su proyección; pero para eso necesita que el objeto externo esté, no se vaya ni le pase nada. Paradójicamente, fantasea

“cuidar” a su perseguidor, ya que si desaparece, si en su fantasía lo mata, es como verse frente al riesgo de que todo lo que separó de ella volviese a ella. Como si se viese ante la posibilidad de reintroyectarlos, cargado además con la capacidad destructiva de ella, que sirvió para matarlo. Y es por eso que cuida y protege a Marta. Evidentemente, Marta no puede morir. Y de todo esto surge la “URGENCIA” de Isabel; ese apuro, esa desesperación por el objeto que resulta no sólo de la necesidad imperiosa de comer algo bueno, sino también de expulsar algo malo”. Es la máxima urgencia por comer a *uno* y por defecar al otro, o mejor dicho, por comer de uno y defecar sobre otro. Pero siempre son dos: uno al cual ella asignará un rol y otro que representará el aspecto opuesto. No puede arriesgarse a que el mismo que la alimenta sea depositario de su capacidad destructiva, ya que aniquilaría lo que ella denomina sus “fuentes nutricias”. De ahí que el momento de máximo peligro para ella y que movilizó todos sus mecanismos tendientes a diferenciar, haya sido cuando encontró que Carlos y yo nos íbamos pareciendo, íbamos siendo “iguales”. Si Carlos era igual a mí (o viceversa), tenía que sentir hacia Carlos lo mismo que hacia mí; en todo caso, lo mismo hacia el uno que hacia el otro. Pero si un objeto se hacía igual al otro, ese primer objeto perdía sus características anteriores, “desaparecía” como tal; se había “fundido” con el otro, era el mismo, éramos iguales aunque tuviéramos nombres distintos; nos intercambiábamos, e Isabel ya no podía saber “quién era quién” y que había sido del otro y quién había sido el otro; de modo que al encontrarse con él no habría sabido si lo quería o si lo odiaba. Es decir, no sabría qué podría sentir porque no sabría a quién tenía adelante.

En los momentos de angustia intensa, sentida como destrucción o desintegración, pienso que puede ser útil en seguida la “creación” del “pecho malo”, la externalización de su sentimiento destructivo, es decir, la “aparición” del objeto (analista) que en un momento dado puede ser el depositario (por proyección) de toda la “maldad interna” que entonces, afuera, si puede controlar (o no, aunque en todo caso, la posibilidad de personificar en esos momentos es ya un intento de control). Pero esto tan sólo a condición de que haya un afuera, un objeto separado de ella (disociación externa, posterior a la disociación interna, realizado como primera tentativa de evitar la aniquilación). Y es por eso que creo que la “creación” * de un “pecho malo”, fuera del pecho malo real, que no da leche, es una necesidad imperiosa.

Y quiero destacar, en este sentido, las repetidas experiencias que he tenido con Isabel, como antes mencioné, en momentos de intensa angustia por la soledad, Isabel me ha llamado, desesperada, para que fuese a verla. En esas oportunidades, sentado en mi sillón habitual, escuchaba la andanada de protestas, de reproches que Isabel me dirigía. No me dejaba hablar. O me llamaba para no hablar palabra, aunque sin sacarme los ojos de encima. Es decir, Isabel “colocaba” en mí algo malo de ella, algo que la “molestaba” dentro de ella y lo hacía con las palabras o con la “mirada”. Me “hacía”, pero vigilaba, controlaba su obra. En ocasiones, el sólo pensar en mí era suficiente. Y luego de uno de estos episodios estaba muy bien con Carlos.

La repetida observación de situaciones de este tipo en este caso, me condujo, siguiendo las ideas de Winnicott, a pensar que el lactante no sólo “alucina” (siguiendo a Winnicott) el “pecho bueno gratificador”, sino que también hace esto mismo con el “pecho malo”, como intento de librarse de su instinto destructivo y para poder comer, ya que de lo contrario (y especialmente quisiera hacer una referencia a los “malos comensales”), su agresión destruiría el “pecho bueno”. Para salvarse, necesita salvar el pecho. Es decir, que no sólo “alucinaría” (en cierto sentido) el pecho bueno gratificador, merced a su omnipotente ansia de satisfacción, sino que —y previamente— necesitaría “crear”, “hacer” un “objeto” (“algo” afuera) que cargue con toda la destructividad

* He puesto el término “creación” pero sintiendo que no explicaría exactamente lo que yo querría significar. Sería una “construcción”, un “hacer” un “algo” separado del sujeto, “afuera” de él. En síntesis, sería como la “configuración” externa de un objeto (“algo”) que actuaría como continente de su odio, que así puede controlar. Y creo, finalmente, que el término “configuración” sería el, más exacto.

que lo está destruyendo, que en caso de externalizarse en el pecho nutricio bueno, condicionaría la destrucción del mismo, y por introyección, del lactante mismo. Ya en un segundo tiempo (diríamos después de la primera mamada), las frustraciones reales reforzarían la primitiva instauración de este “creado pecho malo”. Es decir, estas frustraciones reales darían apoyo a la primitiva disociación interna. Creo, (si se me permite la esquematización) que necesita expulsar lo destructivo antes de incorporar lo productivo para defender a esto del riesgo de aniquilación.

En estas experiencias con Isabel se vería que a veces he desempeñado un papel útil, simplemente por estar ante su vista. Si antes que yo estuviese, había estado intranquila, mi llegada parecía “calmarla” algo (como con Carlos en la fantasía de la vaca, pero por otro mecanismo). Por sus palabras en esos momentos, parezco no ser algo bueno sino *todo* lo contrario, ya que Isabel me recrimina, coloca en mí sus “cosas malas” y no me deja hablar. Y siempre mirándome. Y, cosa aparentemente extraña, estando muy bien con Carlos, sólo diez minutos después de aquello.

Isabel me convierte en su “perseguidor”, en el ser responsable, en un momento, de todo lo malo que le pasa a ella. Pero para haberme llamado, debe haber tenido un estado de desesperación (e Isabel se desespera ante la soledad o la posibilidad de). Es decir, que lo que la ha hecho estar así son sus temores y angustias ante la soledad. Yo creo que estar sola es malo: o por “tener poco bueno”, necesitando entonces a Carlos, o por “tener demasiado malo”, necesítandome entonces a mí. Mi función, en esos momentos, sería recibir”, “*contener*” y dar muestras de no ser dañado por lo que Isabel “coloca” dentro mío. Es decir, en la angustiada vivencia destructiva de estar sola, Isabel no tiene ningún objeto externo. En esas condiciones, si no expulsa, su destrucción podría afectarla a ella misma; y si las expulsa, esas tendencias destructivas tendrían un carácter persecutorio y terrorífico; esto último por ser informes. Su tendencia entonces sería conseguir (“creando”) un objeto externo en quien introducir esas tendencias. No se libra con esto del carácter persecutorio, pero sí elimina a través de la forma el carácter terrorífico, dado por lo informe. Estaríamos ante un caso de desviación al exterior del impulso destructivo interno. Y en realidad es eso. Sólo que parecería Isabel haber “creado” el objeto perseguidor pero no terrorífico, ya que puede ser controlado. Es decir, haber sido éste, el paso previo de la desviación al exterior de

su impulso. Y luego de haberlo “creado” lo necesitaría ante su presencia (control) o controlado a distancia mediante sus variados mecanismos, ya que es la única manera en que las tendencias destructivas (informes) pueden tener “forma”, a través de la forma del objeto exterior. Y por eso necesita Isabel el “perseguidor”; por la utilidad que le presta.

TEMA DE LA COMIDA

Isabel era muy delgada, aunque comía muchísimo. En realidad, siempre fue muy delgada. Empezó el análisis pesando 37 Kgs.; y entre 39 y 40 había sido en general su peso en su vida. Pero en esta época de constante angustia, llegó a 35 Kgs. Ese tiempo lo pasaba siempre en cama, desesperada, llorando y con Carlos constantemente a su lado, aunque enojados. (El, por la exigencia de ella; ella, por la incompreensión de él). Carlos estaba enojado, casi ni se hablaban, pero él no podía irse. Y conmigo ocurría una cosa similar; casi ni hablaba en su análisis. Y, cosa extraña en ella, no comía casi nada. Tampoco quería que yo hablase durante las sesiones. Es decir, daba la impresión de estar todo “detenido”. Ya lo que comía era dañino; las palabras también. Tampoco da palabras ella; ni materias fecales, ya que pasó varios días sin mover el vientre. Ni menstruación, ya que tuvo un atraso de diez días.

Todo esto configuraba un particular cuadro de “paralización” en el que intervenían su cuerpo, sus producciones, el ambiente, los objetos, todo. Sólo dos cosas se “mueven” en esa época: su peso, siempre en descenso y su desesperación ante eso, siempre en aumento. Aterrada, dice en un momento: “Si sigo bajando y bajando, voy a acabar por desaparecer”. Ha paralizado el ir y venir de las cosas; no hay proyección ni introyección. Sólo está intentando controlar mediante la inmovilización. Ha expulsado todo lo que quería salvar, colocándolo en Carlos y en mí, y está controlando cuidadosamente el retorno. No quiere que vuelvan, pues en ella sólo hay destrucción. Su lenta pero constante “desaparición”. Y naturalmente que no puede proyectar más, que no puede hablar, mover el vientre, etc., ya que sería como “juntar” nuevamente con ella lo que ha separado de ella para salvar. Y hace un último esfuerzo para separar concretamente; le dice a Carlos que le devuelve su palabra su libertad,

y a mí, que es inútil, que no se va a curar jamás y que no pierda el tiempo. Un último movimiento como para salvar algo del naufragio.

La continua interpretación de todos estos elementos, parece ir aliviando progresivamente esa situación. Vuelve a Comer algo. *Restablece su* contacto con el exterior, con los objetos depositarios de sus aspectos, con lo que ella denomina sus “fuentes nutricias”. Pero aparece entonces el temor que fue eliminado al separar. En efecto, en una sesión, Isabel me dijo que desde que sintió dentro de ella esa “comprensión” mía, estaba mejor. Pero tenía náuseas y ganas de vomitar y estaba hinchada, a tal punto que alguien le señaló que tenía los síntomas del embarazo. Pero que después de esa sesión, en seguida que yo me fui, se sintió lo más tranquila porque se dio cuenta que no tenía nada. A mi interpretación sobre el haberme devuelto todo, contestó Isabel: “Yo no diría eso, Dr. Mom, más bien que me quedé con el embarazo y le pasé a Ud. todo el asco. Por eso irte siento tan bien. Yo se lo doy para que Ud. me lo arregle. Aunque luego empecé a desesperarme, sin saber por qué, y tuve que llamarlo a Ud., para ver cómo le había ido con el asco”. Y en otra oportunidad en que estaba desesperada, por idea de Carlos fueron a comulgar. Se sintió lo más bien, como nunca, hasta que se dio cuenta que no sólo la hostia, sino el gusto de ella, ya no estaban. Tuvo entonces que volver corriendo, desesperada, a su casa, tranquilizándose sólo al ver que Marta estaba.

Ver a Marta (su casa) implicaba ver a su objeto internalizado, que Isabel temía haber destruido; y verlo bien, sano, ver que estaba. Es como si lo viera externalizado. Y externalizado quiere decir “fuera” de ella. Y parece ser ésta la condición de “vida” de los objetos. * Entre ella y el objeto debe haber una “separación”, ya que si se une con el objeto, éste, ella o los dos, mueren. Y es interesante como el estar de Marta en casa, para Isabel, es estar y ser. El estar en un sitio (ocupar un lugar) parece ser, para Isabel, la condición del estar, del ser, del existir. Lo opuesto al vacío. (Ver más adelante.)

TEMA: “MIEDO A LA DESTRUCCION DE SUS FUENTES” Y “DESFILE DE

* El padre “vivía” fuera de su casa. La madre “vivía” fuera del “cuarto cerrado donde se introdujo Ana.

PERSONAJES

Una numerosa serie de elementos vistos en el análisis, parecen haber ido creando en ella una intranquilidad cada vez mayor. En efecto, las enfermedades de unos, las “idas” de otros, los “retrasos”, etc., han ido provocando en ella un temor: el de la destrucción” de lo que ella denomina sus “fuentes nutricias

Dos sensaciones, en especial, contribuyeron a esto: la idea de tener “algo destructivo” adentro y el sentir que las cosas las hace por venganza.

Y todo esto la atemorizaba. Y se explica: la sensación de que los objetos “fuentes” se van “gastando”, de que por el “uso” que ha hecho de ellos, desaparecen, se enferman o se van; el haber extraído todo “mi calor” hasta el punto de “helarme” (como aparecía en un sueño), el sentir que ella tiene “algo” que hace daño, aparte de ese otro “algo” anterior que atraía, * etc., debe intranquilizarla. Pero más, al constatar que todo ese contacto, toda su relación con los objetos, tiene sólo un común denominador: venganza. Que lo que tiene ella en su interior, es algo que destruye, que “chupa”, que quita la vida; en síntesis, que ella no tiene sino hielo hacia los demás, y que si me da calor, no es sino porque ella necesita que yo esté caliente para poder absorber mi calor. Todo eso no hace sino hacerla temer la destrucción de sus “fuentes nutricias” y hacerla recurrir a otros objetos, ya que los anteriores no sirven, se han “gastado”, o mejor dicho, los ha “gastado”. Y en efecto, señala Isabel que Marta ya no le “sirve” más. La ve a Marta como tan igual a ella, que ya no puede ese objeto proporcionarle ninguna tranquilidad. Y lo mismo le ocurre con Carlos; de modo tal, que al empezar su desesperación, va comenzando también lo que Isabel llama “el desfile de personajes” en su imaginación. Piensa en uno, lo elimina por “inútil”, pasa a otro, idem. Y así sucesivamente. De este modo van desfilando una cantidad de personas, aumentando día a día el número de ellas. “Y en ese desfile no obtengo ninguna tranquilidad. Y lo curioso, Dr. Mom, es que Ud. está en el fondo de todo, y no aparece en el desfile o sólo al fin de él. Pienso que es con Ud. con quien tengo que arreglar las cosas, y no con los demás. Y no lo llamo. Qué curioso ¿no?

* Creo que la comparación con la sirena *se impone*. Y el termino sirena “le sienta”. Por ella y por sus actitudes hacia los demás. Por otro lado, resultaron notables las palabras con las que se “reconoció” en el personaje de una película de cine que tenía “sólo destrucción dentro de él, pero como si no la tuviera”.

Los objetos se han “gastado” hasta el punto de no servir para nada, de no tener nada bueno que pueda proporcionarle tranquilidad. Se han inutilizado por una razón de simple “contacto”, aunque sólo sea por pensar en ellos. Llega un momento en que los ha hecho igual a ella, al haberlos hecho “desfilar” ante ella (al ser iguales, se eliminan las diferencias y los “limites”). Días atrás mencionaba Isabel, cómo, por mi actitud para con ella, yo era una persona ideal, un hombre de otro planeta:

“Ud. no es de este mundo, Dr. Mom”. Tengo todo lo bueno; estoy en el fondo de todo, de todo el problema de Isabel. Soy el problema y la solución para Isabel. Y no me llama, no se pone en contacto conmigo. Y es natural que así suceda, no puede arriesgarse a dejarme convertido en el mismo que a los demás, arriesgarse a que, lo que de ella tengo yo, se destruya. Protege a su objeto ideal, protegiéndome a mí. “Librándolo” de ella, interponiendo una “barrera” de personas entre los dos. Para ni siquiera verme, llamarme o pensar en mí. Elimina, a través de mi “eliminación”, un aspecto de ella, pero para salvarlo. Y una idea de días anteriores, de empezar a realizar las sesiones en mi consultorio ha desaparecido. “Ni loca, Dr. Mom”. Es decir, como si mi casa constituyera ahora el núcleo fundamental. Estoy en la base de todo, pero aislado, como enquistado. Como si los aspectos idealizados del objeto bueno hubiesen sufrido, transferencialmente, un desplazamiento a mí, en mi casa. Y ella no puede irrumpir allí. “Contaminaría”, perdiendo esos aspectos idealizados. Pero todo es distinto si yo voy a verla; no sólo no me ha llamado, ya que yo voy por mi propia voluntad, sino que, como el padre, dejo en mi casa esos aspectos idealizados. No soy el mismo en mi casa que fuera de ella, como el padre tampoco lo era. Su relación conmigo, en su casa, no es con el objeto idealizado; no es, por tanto, peligrosa. Lo que no puede hacer Isabel es pensar en mí o llamarme fuera de las horas de sesión; para evitar eso es que coloca la barrera, el “desfile”. Pero nótese también que Isabel evita la posibilidad de mi “desidealización” mientras estoy en mi casa, ya que un hombre ideal, que no es de este mundo, no puede “unirse”, ni “hacer cosas” no ideales, “cosas” de este mundo.

Cuando estoy con ella en su casa, soy, como el padre, un “claustrofóbico” con respecto a mi casa; y soy “agorafóbico” con respecto a la casa de Isabel. En ese momento, con y para Isabel, soy fundamentalmente un agorafóbico;

pero no totalmente, ya que entonces, sería como Marta. Es decir, soy un sujeto que ahí actúa como “agorafóbico”. Pero que se va al cabo de una hora> actuando entonces, como un “claustrofóbico” con respecto a su casa (la de Isabel). Tengo los dos aspectos separados, uno *para* cada lugar. Y esa es la mayor tranquilidad para Isabel, identificada proyectivamente, en sus dos partes disociadas, sobre mí.

En relación con este “objeto idealizado” (que ahora está en mi casa), no temería Isabel si sale, si va a mi casa, quedar como “adherida” a él, en dependencia de ella, cuando era ella quien lo albergaba? No temería, siendo claustrofóbica (saliendo, yendo a mi casa), que yo la convierta en agorafóbica? Que quiera salir y no pueda? Tal vez por eso, cuando fue a mi casa, lo hizo con sus objetos agorafóbicos (dos hermanas y una tía), además de Carlos.

Y en relación con todo esto, señala Isabel que no podría ir a mi casa porque si yo no estoy, “que hago?”. Y me relata que el día anterior ha salido con Marie Therese, una sobrina de tres años, a quien de sobrenombre llaman la Gorda (María Teresa y Gorda son el nombre y sobrenombre de mi mujer; e Isabel lo sabe). Y que al estar sola con ella, pensó que podría tomarla de la mano para ayudarla a cruzar la calle, o para tirarla debajo de los coches. Y que, si estando con ella, se desesperaba: “¿Qué hago con la Gorda, Dr. Mom?”

Y tiene, posteriormente, la fantasía de ir a mi casa y si yo estoy ocupado, esperar en la sala de espera; y que podría lo más bien. Y estaría conmigo en los intervalos de mi trabajo.

Isabel considera, al estar conmigo en los intervalos, que puede quedar algo para ella, que la unión no ha provocado la destrucción, que no es sinónimo de muerte. Y quedaría objeto para ella. Podría esperar; y estaría en la sala de espera, esperando para “hacer”. Claro que el temor a su agresión que iría aumentando en la “espera”, hace que Isabel considere esta fantasía como una tontería. Ya que su temor sería el irrumpir agresivamente en el “cuarto cerrado”, transformando la unión que no es peligrosa en el “sueño de los ataúdes”. (Ver antes). Es decir, pone la barrera de la distancia para no verse ante esa situación.

SESION “BALUARTE CONTRA ISABELINA”

Y en relación con los temas anteriores, barreras, distancias, separaciones,

etc. quisiera introducir una sesión que si bien no es de esta época sino de la correspondiente al tema “Olor a muerto”, y “Fantasía Necrofílica” (pág. 499), tiene la ventaja de aclarar el origen de un término, al que voy a referirme a menudo más adelante. Esta sesión tiene algunos *antecedentes*. Como en ese tiempo había yo cambiado el horario de las sesiones, Isabel debió cambiar de habitación, pues Marta dormía hasta tarde, pasando entonces a ocupar el cuarto que había sido de Juana (Juana se *había ido definitivamente* a su ciudad). Y llevó solamente algunas cosas de ella a su nuevo cuarto, señalándome que en ese momento, el cuarto aparecía como “pobre”, ya que sólo había unos pocos muebles: “Pero es cuestión de tiempo, Dr. Mom”. (Ese cuarto, luego de la ida de Juana, estuvo tres meses completamente vacío, sin que nadie lo *ocupase y sin que a nadie* le gustase ir a él).

Durante la sesión a que me refería, y mientras yo hablaba, sonó el teléfono. E Isabel me interrumpió, señalándome que el noventa por ciento de las llamadas en su casa eran para ella. Y que debía ser Isabelina (una señora que vive en el mismo piso que ella y a quien Isabel ha acudido buscando compañía en momentos de desesperación, ya que era muy bondadosa con Isabel) quien le había pedido a la paciente que le averiguara algo; y ésta se había olvidado de hacerlo. Y que la muchacha le diría a Isabelina que yo estaba. “Que bueno es usted, Dr. Mom!” interpreté que en ese momento soy útil y bueno *por* el hecho de estar, librándola de algo molesto (explicaciones a Isabelina, su temor a quedar mal con ella, etc.). Siendo útil, como cuando Carlos, excitado, la demanda sexualmente, e Isabel lo rechaza porque en ese momento “aparezco” yo y “sería un horror acostarme con Carlos pensando en usted, Dr. Mom”. Es decir, como Isabel me usa, no para “acostarse conmigo”, sino para no “acostarse con Carlos”.

Contesta Isabel que lo que pasa es que Isabelina quiere “me-terse”, saber. Si no se la ataja en la puerta se mete en toda la casa. “Isabelina sabe que usted viene, pero no sabe quién es ni a qué viene. Ella me ha preguntado cómo hace el doctor, pero yo no le he dicho nada. Ella lo vio, pero yo no se lo presenté esa vez. Ella no sabe nada. Usted es un baluarte contra Isabelina, Dr. Mom”. (En realidad, Isabelina me conoce indirectamente. Isabel lo sabe, y si le dijese quién soy, Isabelina hablaría sobre mí. Y mal. E Isabel lo sabe).

Señalo que su labor, a través mío, sería mantener separadas a Isabelina y a ella. Pero para eso, separa, aísla a Isabelina de mí, ya que Isabelina,

sabiendo quien soy, podría “destruir” el baluarte. Soy, por tanto, un “baluarte falso”, pero necesitado de ser colocado como muy verdadero. Y ha procedido conmigo como con la madre y el padre, necesitando no averiguar nada sobre ellos, aislándolos de su conocimiento consciente, de “su Isabelina”, ya que si no, desaparecerían. Constaría que habían muerto y “vería” entonces los aspectos negativos; y para Isabel, sentir los aspectos negativos, es igual a perder los positivos (recordar la rabia al padre).

Se aclararía aquí la aceptación tan “fácil” de Isabel a la “prohibición” paterna de no saber nada de la madre. La “prohibición paterna” era también un baluarte, un baluarte falso, que podía ser destruido.

Si conoce sobre mí se acaba el “misterio” ya que no soy un baluarte contra Isabelina.

Dice Isabel que lo que sucede es que a su madre le tiene rabia y no quiere saber nada de ella. “Cuando me vine a esta pieza no me traje ninguna fotografía. Ya estoy harta; no quiero saber nada con todos esos muertos”. En efecto, no tiene nada en su cuarto, en su interior; todo el “misterio” y todo lo que la gente (Isabelina en este caso) imagina que hay, que ocurre en ese cuarto, detrás de la puerta cerrada, no es tal. Ocurre que sólo está con el bueno de su analista, como una enferma común. Y si Isabelina penetrase, sólo vería eso; una sesión psicoanalítica. Y vería además que no hay nada de “lo anterior”, del otro cuarto; ni un retrato. Que hay sólo un vacío, pero necesitado de misterio, de cuarto cerrado, como si en ese cuarto hubiese algo. Y que en ese lugar donde debería estar la madre, de acuerdo a su promesa, sólo hay un vacío. En todo caso, no está la madre que fue declarada muerta, y como tal, dejada, abandonada en el otro, cuarto. Y necesitaría mi presencia, ya que si no, Isabelina, que se mete agresivamente, que molesta, pediría cuenta por ese “engaño”. Y sería, entonces, yo, un baluarte entre las dos Isabel; entre su parte consciente (Isabelina, la Isabel de afuera), y su parte inconsciente, ya que tendría que evitar a toda costa la sensación depresiva de constatar que dentro de ella no hay nada, que ‘dejó a sus muertos” por estar muertos (los ha matado). Y la angustia persecutoria ante la intromisión agresiva de Isabelina. Es decir, en cuanto que Isabelina es un objeto, angustia paranoide; en cuanto *Isabelina representa una parte de ella (de Isabel)*.

angustia depresiva.

De ahí que el “juntar”, el “unir”, el integrar, tenga para Isabel un significado, un sentido tan depresivo. Por eso, toda su función es separar, evitando que se vuelven a juntar los aspectos separados, y ese “juntar” no va ocurrir si mantiene el baluarte, ya que éste evita la unión. Pero más —y fundamentalmente— si ella, al “separarse, evita de por sí, como incluido en el mismo proceso de separación, la posibilidad de “volverse a juntar”. E Isabel lo realiza —y casi a la perfección— dividiéndose en dos partes, una claustrofóbica y la otra, agorafóbica. Y en esto mismo está incluido el baluarte, la defensa, ya que una claustrofóbica no se “meterá” nunca en el lugar en que vive una agorafóbica. Y viceversa. Su baluarte es su misma división agorafobia-claustrofobia. (La enfermedad es también la defensa, el baluarte). Sólo parecería que en un momento, ese baluarte *fuere* personificado en alguien que, a partir de ese momento tiene, contiene o es un aspecto, una parte de ella misma; agorafobia o claustrofobia. Y el baluarte o acompañante, o su parte agorafóbica o claustrofóbica, es algo ambivalentemente sentido por ella, ya que si bien la defiende de unirse con las otras Isabel, también, si se le ocurre acercarse a Isabelina (su otra Isabel), no puede hacerlo por el mismo baluarte.

“TEMA DE “LAS FANTASIAS DE SUICIDIO”

Unos días después Carlos le anuncia que piensa irse tres O cuatro días de vacaciones, cerca de la ciudad. Ya en épocas anteriores había tenido igual idea, pero a último momento, por expreso y reiterado pedido de Isabel (diciéndole que no podría soportar eso), no pudo hacerlo. Pero esta vez está decidido. Se va a ir. Y llega el día señalado, en que, a pesar de todas las tentativas de Isabel (promesas, súplicas, amenazas, llanto, etc.), Carlos está a horas de partir. En la sesión de ese día me contó Isabel que Carlos pensaba irse por la noche y “que no puede ser”. Y que me pide un favor; que yo le hable a Carlos para que no se vaya. Que si le hace hablar por otros médicos, conocidos comunes, Carlos no les haría caso, pero si soy yo quien se lo digo, Carlos no se va ir porque lo que yo digo es “palabra santa” para él. Ella no puede hacer ya nada. Y no quisiera tener que hacer un escándalo para evitar que Carlos se vaya. Señalo esa sensación de no tener nada, de no poder

retener por amor, ya que la “palabra santa” está en mí. Yo puedo hacerlo quedar a Carlos; ella sólo podría hacer un escándalo.

Y por la noche me habla por teléfono, contándome que ante la inminencia de la ida de Carlos, intentó suicidarse, y que Carlos no se fue ni se va a ir, pero que ella se asustó muchísimo; y por eso me habla. Y me contó sus intentos de suicidio; que salió con Carlos y como éste no cejaba en su idea, al cruzar una calle de mucho tráfico, se separó de él y con los ojos cerrados se quedó en el medio para que la atropellaran los autos (“Naturalmente que me quedé justo sobre la raya blanca”); y que al llegar a su casa se cortó con una hojita de afeitar la muñeca para seccionarse las venas (“naturalmente que me corté en sentido longitudinal, paralelo a ellas y que dejé antes que saliera sangre, desesperada”); y que tomó un frasco íntegro de “Neuro Distonal” (“Naturalmente que quedaban sólo seis tabletas”). Es cierto que son tentativas “ridículas” de suicidio, “microsuicidio” podría decir. Pero no es menos cierto que ha hecho eso porque no disponía de otro medio, porque no tenía la “palabra santa”. Porque lo que hizo era lo único que tenía y podía hacer en ese momento. Es cierto que al contarle tiende a ridiculizarlo; pero es cierto que al hacerlo se asustó. Y es natural. Todas sus técnicas de control y dominación del objeto habían fallado. Menos esa, que aún no había probado y a la que temía. Pero como toda técnica de ese tipo, se “gastaría”, con el tiempo (ante un nuevo peligro), habría que cambiarla. Pero, qué otra podría adoptar Isabel si todas habrían fracasado? Sólo cabría “profundizar” esta última; hacerla cada vez más intensa. Y ese fue el miedo de Isabel. El llegar a tener que usar cada vez más ese mecanismo. El temor a que “se le fuera la mano” en él y un día suicidarse de veras. Todavía no es *suicidio*. Sólo es “micro-suicidio”. Una parodia. Pero es la parodia del último y más destructivo mecanismo de control que pudo emplear. Las próximas variantes serán cuantitativas y no cualitativas. Ya sólo dispone de una única clase. Y el señalarle estos elementos produce, al día siguiente, el lógico corolario; Isabel inicia su sesión diciéndome: “Dr. Mom quiero analizarme. Puedo recostarme?”.

E Isabel siempre ha “jugado”, en cierto modo, a analizarse a “como si se analizara”. Hasta haberse dado cuenta que “se le fue la mano”; que al perder la “palabra santa” no quedaba sino “destrucción” dentro de ella. Por eso creo que se trataba de un momento muy especial; es la constatación de la pérdida de

algo bueno, de su necesidad de recuperarlo (recuperación de la “palabra santa”, a través de mi recuperación, analizándose) para dominar ese “algo” destructivo, que imponía su sello a *las* relaciones objetales y a las relaciones con ella misma. Implica un miedo y una añoranza. Y lo que es importante, a mi juicio, una conciencia de enfermedad.

En la siguiente sesión, apenas llego, me dice: “Que suerte que vino usted a las 17 hs. y no a las 14, como me había dicho. No habría podido soportarlo y hubiese tenido que llamarlo después”. Me comunicó en seguida que hacia una hora le habían avisado que había muerto su tío Alfredo (el marido de tía Catalina), repentinamente. Y en seguida: “Me he dado cuenta que es fundamental que yo tenga angustia para poder vivir, o mejor dicho, “durar”. Si cuento seguro con la gente, ya no me sirve esa gente. Mire el caso de Marta, por ejemplo. No sale, sé que no va a hacer nada que yo no quiera. Bueno, pues no me tranquiliza, al contrario, *me* angustia. Y con Carlos pasa mucho eso. Y si usted viniese y se quedase aquí conmigo todo el día, al cabo de ese día, tampoco me serviría”.

Isabel menciona a Marta, que por estar siempre con ella, está mal como ella y de nada le sirve (está tan muerta como ella). Y el riesgo que con los demás pase lo mismo. De ahí, *la suerte* al haberme “diferenciado” (yo no soy seguro, cambio de horario, paso a veces días sin ir, etc.). Y qué suerte que soy así, que tengo una “inviolabilidad”, que soy distinto; parece eso haberme salvado de la “fosa común”, salvando también a Isabel a través de mi “diferenciación”. En efecto, conmigo no está segura; por tanto, le aseguro vida, “duración” y autonomía propia a través de mi supervivencia, que está en directa relación con su inseguridad con respecto a mi.

TEMA: “NECESIDAD DE ANGUSTIA”

Isabel menciona en esta sesión que necesita tener angustia para “durar” o vivir. Sus primeras palabras son para lo que pasa con Marta. “Y eso no me tranquiliza, al contrario”. Es decir, la angustia. Condición exigida por Isabel para, digamos, estar bien. Pero resulta que esa otra angustia no la hace estar “bien” sino “mal”. O, lo que es lo mismo, no es esa angustia la que Isabel necesita. Es otra la angustia que sirve. Y esa otra ya la conocemos. La hemos

visto en repetidas ocasiones. Es la que está siempre presente en ella: “Dónde estará Carlos, si vendrá, le avisarán, no olvidará, etc.”. Pero, ¿y esa otra angustia? ¿No es, acaso, angustia también? ¿No dijo Isabel que necesita angustia? ¿Entonces por qué no le sirve?

Esta es otra, es “nueva”. Por lo menos, nunca apareció con tanta claridad. La angustia conocida parece, como dice Isabel, ser necesaria para “durar”, no ya para “vivir”. Atención entonces a un hecho: Isabel no vive, O mejor dicho, su vida es la angustia. Mientras tenga angustia tiene vida, O mejor dicho, “duración”. Pero angustia por qué? ¿O por quién? ¿O ante qué? ¿O ante quién? Parecería ser por esa persona que con su inseguridad le provoca angustia. Es decir, su vida está en función de esa persona y tiene vida mientras esa persona sea una persona, alguien. Y no tiene vida, cuando esa persona no es alguien diferenciado (como ocurre con Marta, por ejemplo, que puede ser como ella, perdiendo su individualidad, dejando de ser Marta). Su vida durará mientras dure esa persona Tal, como Tal. Todas las angustias que hemos visto en Isabel con relación a los objetos, son del tipo conocido de que, por ejemplo, no van a estar con ella, o se van a ir, etc. (Angustias paranoides). Las otras angustias son mayores; se refieren a la posibilidad de “cambios” de las personas; de que lleguen, por “juntarse” con ella, a ser como ella, desapareciendo como personas (Angustia depresiva). No es sólo la “desaparición” de las personas. Ese es el carácter común de ambas angustias; paranoide y depresiva. Es que en esta última, la desaparición del objeto se debe a ella; ella lo ha eliminado. Al haberse “juntado” con ella el objeto se ha perdido, lo ha exterminado. Y eso es lo que comprende Isabel; su participación en el proceso; y se da cuenta de lo que pasa cuando ella participa. Por eso Isabel dice “durar”, no “vivir”. Vivir implica unirse, juntarse. Pero si quiere vivir, mata en su fantasía. Por *tanto*, “coloca” una cierta “distancia” ‘entre ella y las cosas, distancia no muy corta como para que no haya “límites”, ni *muy* larga como para que deje de haberlos. Es decir> tiene que haber una cierta “zona”, limitada por las distancias máxima y mínima. Pero todo su “vivir” está en función de la conservación de esas “ciertas distancias”, de la inmovilización de la zona’>. Por eso no vive, vigila. Y controla. Y mide. Siempre a las personas dentro de esa zona, ya que en esa zona hay personas. Y su vida está en esa zona. O lo que es lo mismo su vida está en las personas de esa zona. Por eso “ella no tiene vida”. Su vida está allí, en la “zona” donde están esas personas. Y no puede

separarse, dejar de pensar, controlar, etc..., las personas en la zona. Es claro, es como si se separase de su vida. Y eso es morir. Entonces parecería como si su angustia depresiva (miedo a la pérdida del objeto) fuese una angustia muy profunda. Es la angustia de una pérdida, sí, pero de una pérdida de su propia vida> ya que su vida está en el objeto. * Y cuando a una persona se le va la vida, sólo queda dentro de ella y en contacto con ella, la muerte, el instinto que la lleva a la muerte. E Isabel, que es una persona, no escapa a esta regla e intenta suicidarse.

RESUMEN PARCIAL

Y COMENTARIOS SOBRE EL CONTROL

Además de todas las técnicas de control mencionadas o resumidas antes, Isabel necesita saber siempre y exactamente “dónde” está Carlos. Además necesita que Marta esté en casa. Si lo sabe está tranquila y no necesita llamar a nadie. Está “acompañando” a Carlos en todo lo que él hace; sabe todo lo que él hace hasta tal punto que me puede decir que a tal hora Carlos hizo esto o lo otro, etc. Esto posibilita, dice Isabel, que si, intranquila, necesita de Carlos, lo puede llamar a algún lado. Pero sabiendo esto no tiene necesidad de hacerlo. Sólo necesita saber dónde está, O mejor dicho, que está. No saber dónde está, es que no está. (No existe). Y sólo tiene angustia durante el tiempo que sabe que Carlos está entre uno y otro lugar; en viaje, en la calle. Porque Carlos en ese momento no está en un lugar; y si necesita de él no sabe dónde está. Es decir, para Isabel no está porque no tiene lugar. Todo objeto tiene un lugar; * el lugar limita al cuerpo que contiene”. ** Los límites del lugar son los del cuerpo que lo ocupa. Luego, si no hay lugar, para Isabel, es sinónimo de que no hay objeto. No está. Es igual a estar sola, sin lo que el objeto tiene de ella, o, por ser un “lugar” (espacio) sin “límites”, estar junto, unido al objeto. Ambas

* Por eso le ha angustiada el ver que Marta no es ya *Marta*. *Y es por* eso que esa angustia no le sirve. En realidad, si el motivo de esa angustia es Marta, parecería que, para Isabel, la que no “sirve” es Marta.

* Además, el cuerpo tiene un lugar cada vez que se desplaza. Para Isabel, no; el cuerpo que se mueve, “pierde” el lugar en que estaba; por tanto, no está.

** “Diccionario de Filosofía”, José Ferrater Mora.

sensaciones sentidas como destructivas.

Es en esos momentos que Isabel no me dejaría ir; o tendría el impulso de salir a la calle a buscarme llevando a Marta (por si no me encuentra); a veces hace o arregla algo de la casa. Dice que así se ubica en un lugar y está en un sitio, en su casa. “No sé qué voy a hacer la próxima vez pues ya está todo ordenado. Marta dice que es una suerte que me dé por ahí”. Y dice Isabel que todo el día lo pasa así, “yendo” con Carlos. Constantemente está con él, en él.

Isabel vive en esta época proyectivamente en Carlos toda su parte claustrofóbica; y en Marta su parte agorafóbica. Un objeto es el depositario de su yo claustrofóbico (parte del yo) y el otro, de su yo agorafóbico (la otra parte de su yo). Y ella en-marca, controla, pudiendo ser como uno y otro. Tiene los dos, separados en objetos distintos. Si sale como claustrofóbica, deja en casa a su yo agorafóbico, representado por Marta, por ejemplo. Y una parte de Isabel (Marta en casa) “atrae”, la reclama, por si ella no quiere volver, como ocurre en ocasiones si no sale, si es agorafóbica, toda su parte o yo claustrofóbico está en Carlos, afuera con él. Sólo se angustia cuando el objeto no está en lugar; equivale a decir “sola”, enloquecida, sin “límites”, con los peligros que están afuera. Y es así, porque su yo claustrofóbico está afuera; pero por no estar en “lugar”, no tiene límites con otros. Y aparece el problema de ubicación: o sale con Marta agorafóbica (su yo agorafóbico) a buscar al objeto que al irse se ha hecho claustrofóbico para ella y se ha llevado aspectos de ella, que por estar fuera son claustrofóbicos también, o se sitúa en su casa dando vida a su casa (es una agorafóbica en su casa), como antes, todo normal, negando el afuera o proyectándolo y vigilándolo en Marta.

Cuando Isabel sale, Carlos, su objeto acompañante depositario de su yo afuera, la protege de los peligros del afuera, que son el estar “sola con muertos” (“la vaca” de la fantasía), o sea, “morirse” ella. Y Marta, su objeto acompañante también, depositario de su yo adentro (yo agorafóbico), la protege de los mismos peligros adentro: de estar “sola”, con la casa “vacía y muerta”, con muertos”, o sea “morirse” ella también. Es decir, en un plano, la introducción de sus dos aspectos en dos objetos ha tenido por finalidad el cuidado y protección de sus yo, amenazados de muerte por un peligro interior o exterior: los muertos dentro o fuera. Y según donde ubique el peligro, el “muerto”, será la actitud de Isabel: si Marta (adentro) es la “muerta” su angustia será claustro fóbica y saldrá afuera, a Carlos (yo claustrofóbico). Y viceversa. Y

mantendrá la división, no sólo a través de dos objetos, sino de dos ubicaciones en el espacio: claustrofobia y agorafobia. Que son las dos actitudes que ella tenía antes (ver antecedentes). Y ha adjudicado a cada uno de los objetos una manera de actuar de ella misma, haciéndolos opuestos y separados como ella misma; uno contiene o es su yo *claustrofóbico*; el otro, su yo *agorafóbico*. Y a través de la división, de la separación de ella misma en dos, y del control de esa separación, evita la que se produce cuando dos cosas se unen, se identifican: la “destrucción” (padre, madre, tía, sueño de los ataúdes); y lo que ocurre cuando dos cosas se separan: la “fragmentación”. (Recordar su angustia de romperse en pedazos ante el espejo.)

Más aclaraciones sobre control y sobre los Yo

La disociación de Isabel, sus constantes referencias a los lugares en relación con sus sensaciones de tranquilidad e intranquilidad, unida a su síntoma principal (agorafobia), me inclinaron al uso de expresiones tales como “yo agorafóbico” y “yo claustrofóbico

Además de la constante y permanente angustia con respecto a los objetos: el que se fueran. Todos los objetos, para Isabel, eran potencialmente claustrofóbicos. Todos querían irse, huir de esa casa, de ella. Es decir, estar fuera de ella. Todos sus esfuerzos eran tendientes a convertir en agorafóbicos a esos objetos; aunque, por otro lado, no del todo, ya que serían entonces como ella; y no habría “límites” entre ella y el objeto. Es decir, anularía su defensiva disociación interna al haber anulado la separación, la división en el exterior.

Además de ese “llamado”, mucho más que imperioso ya que no admite espera, y que parece hecho no a una persona con caracteres humanos, a un objeto externo, sino a algo” que estuviese “dentro de ella misma”, es decir, a algo de ella identificado proyectivamente sobre el objeto externo a quien va dirigido el “llamado”.

Si afuera están los peligros y la angustia ante esos peligros, y ella necesita las personas que tienen un contacto con el afuera, resultaría clara su frase sobre la necesidad de angustia para vivir o “durar”. No puede prescindir de lo que está afuera, ya que es vital para ella.

Sólo que si lo que está afuera, en la “zona”, son personas, y su vida está

en esas personas, nuevamente podremos señalar que esas personas tienen algo de ella, una parte de ella, de su yo. Y si esa parte de su yo que está en las personas de la “zona”, tiene, como las personas, la particularidad de no poder entrar en ella (la “zona” tiene una distancia mínima), parecería esa parte, ser claustrofóbica con respecto a ella. Es decir, ser un yo claustrofóbico. Pero si por otro lado, hay una parte de suyo que no puede irse completamente de ella (la “zona” tiene una distancia máxima), y ese aspecto parecería ser agorafóbico con respecto a ella. Es decir, ser un yo agorafóbico. Entonces, sería como si Isabel hubiese identificado proyectivamente en las personas de la “zona”, dos partes o aspectos de ella misma: un yo que actúa como claustrofóbico y otro como agorafóbico; su yo claustrofóbico en la periferia (distancia máxima), lo más lejos que el control agorafóbico de Isabel le permite, y lo más cerca que su propia claustrofobia le permite también (distancia mínima).

En todo caso, los dos yo perfectamente separados entre sí (disociados), representando la disociación interna de Isabel. Y con la barrera, el baluarte de la “zona” interpuesto entre ambas partes. El control claustrofóbico vigilaría la parte agorafóbica y viceversa. Es decir, el control agorafóbico impediría la “separación” total y el control claustrofóbico, la “unión” total. Como si cada “parte” se “opusiese al poder”, a la fuerza de la otra. Y entre ambos, el baluarte (“zona necesaria”), especie de “tierra de nadie”, impediría el “contacto” y el “alejamiento”. No se pueden unir ni se pueden separar completamente.

TEMA DEL “OLOR A MUERTO” Y DE LA “FANTASIA NECROFILICA”

En la siguiente sesión Isabel me cuenta que casi estuvo por no dejarme ir ayer y que no sabe por qué no hizo nada para detenerme. Y que fue después a casa de su tía Catalina (la reciente viuda de tío Alfredo). “Me pareció que debía ir. Le dije a Carlos y fuimos. Marta me había dicho que apenas la vio. Tía Catalina preguntó por mí. Y cuando fui me dijo que no me imaginaba todo lo que me agradecía que hubiese ido. Lo vi a tío Alfredo; estaba en la cama; no lo habían puesto todavía en el cajón. Parecía como si estuviese durmiendo y no muerto, y como había un poco de viento y las luces se movían, las sombras

que daban sobre él cambiaban y parecía como si tuviera movimiento. Estuve muy bien y me tranquilicé. Y luego al estar en la pieza me di cuenta que había “olor a muerto”; y que no podía ser del cajón, ni de las envolturas que les ponen, ni de las flores, ni de las velas, porque no había nada de eso. Tía Catalina no quería. Solamente había puesto unas pocas orquídeas sobre la mesa de noche. Nunca vi la muerte arreglada con más gusto. Y ese olor a muerto era el mismo que cuando murió papá, y que hasta el día de hoy me ha quedado en las narices; pero yo siempre había creído que era del cajón, de las flores, etc. Y cuando volvíamos a casa en el coche, Carlos tenía ese olor en la boca y yo estaba desesperada; y no pude dejarlo ir a su casa anoche, ni esta mañana al estudio; me levanté tempranísimo, le preparé un regio desayuno, pero no pude permitir que se fuere; recién se fue cuando Ud. llegó”.

Efectivamente, todo esto que relata Isabel está plagado de sugerencias. Pero sólo quisiera ahora recalcar el aspecto “límites”. En la penúltima sesión, Isabel habló conmigo de muerte y de muertos, etc. Se angustió. “Casi” no me deja ir, pero me deja.. Es decir, no elimina las diferencias, me deja con mis características. (Yo voy, estoy una hora, me voy; y esto lo hago cuatro veces por semana, etc.). Ella se esfuerza por conservar estos “límites”. Creo que, en realidad, Isabel me deja ir. Pero luego con Carlos no ocurre lo mismo (y según ella, hacía como un mes que no lo “jorobaba”). Y es claro: anoche se han perdido *los* “límites”. El “olor a muerto” que era de afuera, no del cuerpo, resulta que proviene ahora del cuerpo, ha pasado al interior, el cual ya no es preservado por el ambiente, por las envolturas, etc. Es decir, el cuerpo es el que está muerto ahora, no las envolturas. Y ella ha vivido diez años con el “olor”, estando “muerta”; con el olor del padre. Y ahora no es lo de afuera sino lo de adentro lo que está muerto. Entonces se han perdido los “límites”, es decir, el “olor a muerto” no se limita a las envolturas, sino que pasa. Y esto está representado por el hecho que Carlos, “el último eslabón” en la cadena de los “continuadores” (para Isabel, el padre era el primer eslabón, yo soy el penúltimo), huele a muerto; ella se lo ha pasado, y parece que esa “pérdida de límites” (como en la escena primaria, como en el sueño de los ataúdes), provoca “muertes”. El de adentro, su objeto internalizado, su padre introyectado, no “olía a muerto”; por tanto no estaba muerto; ella era la “muerta”. Y ahora es a la inversa. Entonces, debe reparar: levantarse temprano, darle un buen desayuno, pero no dejarle ir hasta que no “huela más

a muerto". Y el otro plano, el otro mecanismo "funciona" al lado. Y es conmigo. No me retiene para no "pasarme" el olor.

Hace la profilaxis de la situación. Me salva (con todo lo que de ella tengo, es decir, se salva) aislándome, conservando los "límites". Yo sigo siendo lo de antes, el pasado. Carlos y su actitud reparatoria para con él, es lo actual; lo que debe hacer ahora porque ha constatado que lo ha dañado. A mí busca no dañar-me (yo tengo la "palabra santa"); a Carlos, "repararlo"; por supuesto, dos aspectos o planos de un mismo problema.

Muy pocos días después, un lunes, Isabel dice haberme llamado por teléfono sábado y domingo. El sábado le dijeron que yo estaba ocupado y llamara media hora después. Pero luego no pudo hacerlo. Ese día por la mañana había salido con Carlos, necesitando volver precipitadamente pues tuvo una serie de sensaciones rarísimas: el suelo era "blando", se "hundía", no podía caminar y tenía la impresión de que "no podía estar haciendo eso". Su brazo izquierdo colgaba inerte; no lo podía levantar, no porque le pesara, sino porque no lo sentía. "Como si algo hubiese muerto dentro de mí". Pensó que sería por la cartera; pero la dejó e igual no sentía el brazo. Todo eso desapareció en la casa. "Era una sensación horrible. No me importaba nada de la calle, ni de la gente". Parecería que las vivencias que antes estaban "afuera" de ella, están ahora "dentro" de ella; la muerte ya no estaba en lo que la rodeaba, sino en ella, en su cuerpo. Y el domingo también me llamó. Yo no estaba, pero conversó con mi mucama un rato. Le contó ésta que habíamos salido ese día afuera, a descansar, pues estábamos muy cansados, ya que durante esos días habíamos salido mucho por la noche, acostándonos muy tarde. Al señalarle el distinto curso y la profundización que había adoptado su comunicación telefónica en esa oportunidad (antes sólo importaba si yo no estaba, si estaba trabajando o sin trabajar), Isabel me interrumpió, diciendo: "Es cierto. Y no tuve la menor intranquilidad. Hasta pude recostarme. Ud. se había humanizado". Y creo que esta sensación es muy importante. No soy el objeto ideal, el hombre de otro planeta; y si bien eso, en cierto sentido, aumentó los "riesgos" al hacerme más accesible, en otro, le permite establecer un mayor contacto, una mayor incorporación de un objeto, cuyas características no hacen que sea necesario tenerlo aislado.

Y en la sesión siguiente me dice Isabel que la noche anterior estuvo Carlos hasta tarde con ella. Y que se sentía contenta porque él estuvo muy

“demostrativo”; y ella había temido que Carlos se hubiese “olvidado” ya de “eso”. “Y hoy, al despertarme, tuve con toda claridad la sensación de que algo había muerto dentro de mí. Y no estuve desesperada. Y luego llamó Ud. para avisarme la hora en que iba a venir como me dijo el otro día. Ud. no se imagina la sensación que tuve! No fue necesario que llamase a nadie para que viniese, a pesar de que no estaban Carlos ni Ud. encontré dentro mío contestación a una serie de preguntas que siempre me había formulado. Era una sensación maravillosa de bienestar”.

Y en días ulteriores, señala Isabel que en varias situaciones últimas se ha dado cuenta que podía “esperar”, aludiendo con esto a no tener esa “urgencia” anterior al pensar que podía desesperarse; y que puede comer, habiendo aumentado ya medio kilo. Creo que estas dos impresiones dan la pauta de lo anterior; el darse cuenta de que su objeto interno estaba muerto le ha permitido “des-idealizarlo”, substituirle, si se puede decir; es humano, implicando que tiene a alguien y no necesita desesperadamente otro objeto para llenar su vacío. Mejor dicho, ya no hay vacío porque hay un objeto (vivo) que “contesta” en su interior. Y si hay un objeto es que hay un lugar, un espacio. Y ella es el lugar donde está un objeto (ella misma). Luego ella es, está. * Y la sensación de lo maravilloso es la sensación de estar viva, de ser, de estar.

Ese objeto está vivo, se procura el alimento por él mismo, y no necesita ya que lo sobrealimenten para devolverle la vida. Parecería haber sido posible, por primera vez, la introyección de algo vivo, al darse cuenta que no lo va a destruir. Es decir, Isabel ya puede comer para ella (y aumenta). En todo caso, comienza su propio proceso de reparación, hecho posible por su menor dependencia, su menor vivir en función o a merced de ese objeto interno. Es como si empezara a dejar de ser sólo la “cubierta”, la “envoltura” de ese objeto. Por ser vivo y humano es menor la “exigencia” del objeto, y es menor, por tanto, la reparación que debe hacer de él. Todo es menor; menos ella que es “mayor”, ya que come, engorda, y está por lo tanto más “grande”. Lo que antes era para el objeto ahora es para ella; ella lo aprovecha. Y su hambre es mucha; pasó mucho tiempo sin comer. Pero por esto mismo, y si no lo deja comer al objeto, por muy vivo que éste esté, se puede morir. Es como si la sensación

* Ver “Resumen Parcial y comentarios sobre el Control” (pág. 495).

fuese de que aumentando y aumentando, llegaría a “absorber”, incorporando al objeto. Y esto la asusta. Me relató Isabel bastante tiempo atrás que, coincidiendo con una época en que Carlos estaba muy bien, tuvo una especie de fantasía en la que Carlos aumentaba de tamaño cada vez más, y que al mismo tiempo yo me iba achicando, “disminuyendo”. Y no le gustó nada eso; y se preocupó por mí. Y esto coincidía con la época en que Isabel salía cada vez más lejos y quería seguir; y quería mirar y fijar bien todo, y no quería volver, ya que todo era tan lindo. Hasta tuvo la sensación una vez en una iglesia, a la que hacía muchos años que no iba, que esa misma iglesia era mucho más chica que cuando había estado en ella por última vez; siempre le había parecido muy grande, enorme. Y ahora la veía como era en realidad. “Y era muy raro, Dr. Mom, porque las iglesias no cambian”.

Y otra vez llegó hasta la Avda. 9 de Julio. Y le pareció enorme, ya que podía ver hasta donde se “perdía” la vista. Y pensó que podía llegar hasta donde veía. Y se asusté tanto, que tuvo que volver.

Su miedo a “comer en exceso”, su sensación de “expansión del yo”, que sale cada día más lejos, toda su sensación de “asimilar”, de poder metabolizar todo lo que está en su interior, la preocupa. Es claro:

Si ella va aumentando más y más, expandiéndose, se va haciendo cada vez mayor la “distancia” que la separa del objeto “nuevo”, “maravilloso”. Y su miedo es a sobrepasar la “distancia máxima”. Es decir, que su espacio limitado por la distancia máxima, al ella expandirse sin “límite”, se haga tan grande, que el objeto en su interior se pierda, desaparezca. Que es la sensación que tiene Isabel cuando Carlos “aumenta” a expensas mías: que yo desaparezca. Que no lo pueda encontrar porque la “zona” ya no sea una “zona” con “límite”, sino un enorme espacio, un vacío. Y esto es también válido para el objeto necesitado de control; el temor de que al expandirse pudiese perder, pudiese desaparecer el control sobre la casa de la tía Catalina (objeto muerto perseguidor); dejando a éste en libertad de “ata-carla”. La angustiada necesidad de no perder los “aspectos buenos” de controlar “los malos”, “limitaría” su tendencia claustrofóbica. Es decir, el miedo al vacío la retendría.

Y porque Isabel está tan bien, sale, come, engorda, etc., me dice que no ha podido volver a lo de su tía Catalina desde la noche del velorio. Que no hay caso. No hay objetivamente razón alguna para esto. Que allí se encontraría con toda la gente que iba antes a su casa y que ahora pasan todo el día en lo de tía

Catalina. Que no tendría porqué darle rabia, pero es así. “Ud. me dijo algo una vez de mamá; como que yo le tenía rabia porque se murió; bueno, parece ilógico pero yo le tengo rabia a mi tío Alfredo porque se murió y no me da la plata para pagarle a Ud.” Y luego: “El otro día llamé a su casa y disqué el número de tía Catalina; me di cuenta recién cuando me atendió la mucama de ello. Y después, al empezar a discar el número de ella, me di cuenta que era el suyo; y esto varias veces. No importa si llamo a lo de tía Catalina habiendo querido llamar a su casa. Pero si llamo a su casa y he querido llamar a lo de tía Catalina, me muero

Un elemento se destaca: Isabel no puede ir a un lado porque tiene rabia. Y la incorporación de las personas, el contacto con las personas sólo puede hacerse cuando no hay rabia. Me incorpora cuando su rabia está en lo de tía Catalina, cuando hay una distancia, una “zona” entre las dos; entonces está en una buena relación conmigo, en la que yo estoy “humanizado”. Pero con miedo de conectarse conmigo con rabia, por el llamado telefónico “equivocado”. Se moriría o tendría que volver a idealizarme para tomarme inaccesible a las “cosas de este mundo”; pero es lo mismo. Y por otro lado, Isabel podría ponerse en contacto con la tía Catalina con la rabia que “hay allí” (“no importaría”), si llevase con ella un objeto protector, un “baluarte” contra lo de allí. Isabel tiene rabia al tío Alfredo porque no pudo concluir su tarea reparatoria conmigo. Aparentemente, sólo por eso. Pero le señalé en esa oportunidad cómo, si no tuviera que pagarme, no le tendría rabia. Y podría ir. Ver a la tía Catalina con quien siente que debería estar. Es decir, como le “impido” sentir cariño por el muerto también. La estoy protegiendo, soy un baluarte contra aquello donde está la rabia; si habla estoy yo en el medio para protegerla. Pero si quiere hablar o ir, también estoy yo en el medio para no dejarla. Entonces tres son sus “rabias fundamentales” en ese momento:

- 1) Al tío Alfredo porque no le da para pagarme.
- 2) A la tía Catalina porque le roba sus objetos anteriores (el muerto).
- 3) A mí que no la dejo ir, le impido sentir cariño por el muerto.

Y el ir allí con cariño, con deseos de ir, implicaría que yo (“el baluarte”) no estoy, que me ha eliminado. Y el señalarle todo esto a Isabel provoca en ella

una intensa angustia.

Y dice: “No me hable de eso, justamente hoy, que mañana no viene”. Se explica; tiene con ella un objeto que le sirve y que no le sirve, que le es útil e inútil, que ama y odia, que desearía guardar con ella y sacárselo de encima, etc. No puede mantenerse la escisión anterior, ese “bienestar” producido por el expulsar o “colocar” en casa de su tía Catalina toda su rabia, y en mí todo su amor; es decir, por disociar. No, a mí quisiera tenerme y no. Y a lo *de su tía Catalina* no quisiera ir y *sí* quisiera. Y esta relación con un objeto total, ambivalentemente sentido, desencadena en Isabel un gran temor. Contesta Isabel que tiene apuro por “arreglar” las cosas; que la ayude porque no puede seguir pasando más tiempo. ¿Tiene miedo ahora Isabel de matar lo que quiere? ¿Teme, en síntesis, quedar viva pero en un “mundo de muertos”? ¿Sola, en fin? Parecería estar expresando sus dudas sobre su propia capacidad de reparación.

“Tiempo detenido”

Quisiera hacer un alto aquí, para referirme a un concepto que me parece ser de particular importancia. Isabel menciona que “no puede seguir pasando más tiempo”. Y es la primera vez que Isabel habla del tiempo como de algo que transcurre, que pasa. Que se mueve. Siempre se refirió a que el tiempo se había detenido en 1943 (año de la muerte del padre), y que su último cumpleaños había sido el de ese año (su padre estaba enfermo en la fecha de su cumpleaños, enfermo, pero no muerto). Y en la época actual, ahora, si Carlos u otra persona le señalan cómo ha cambiado ella, lo bien que está ahora y lo mal que estaba en 1952 ó 1951, etc., se desespera y pide que no le digan nada de eso: “Porque tengo miedo a la atracción de esa época anterior, Dr. Mom”. E Isabel no sabe el día en que vive; y en ocasiones se ha sorprendido ante el mal empleo de los tiempos en los verbos: “Yo no sé usar los tiempos, Dr. Mom”. En cambio, lo que sí “parece” conocer, usar y manejar, es el espacio, el lugar. Todas sus sensaciones de tranquilidad y de intranquilidad, de angustia o no, se expresan en términos de espacio, lugar, ubicación. Vive en la medida en que se ubica (a través de los objetos), en que tiene un lugar. Eso es lo que le produce la sensación de estar, de ser.

Y toda su existencia, su “duración” está en función del lugar, del sitio. La

tentativa de ubicar los objetos (ubicarse)), ocupa todo su tiempo. Es decir, el tiempo no existe; está supeditado al espacio, al lugar, al sitio. Correspondiendo a la sensación de “tiempo detenido”, Isabel habría hecho una “hipertrofia del espacio”. Ella no está “aquí” y “ahora”; está “**AQUI**”, nada más.

Nota: Es este posiblemente uno de los aspectos más destacados de la paciente y que ha llamado más mi atención. Y por tal motivo me habría gustado explayarme sobre esto. Es decir, aumentar el espacio del tema del espacio. Pero como esta hipertrofia no podría contar con la atrofia necesaria del tiempo, *ale* he hecho a mí mismo la promesa de dedicar en el futuro, todo el espacio y tiempo de una comunicación, al tema del tiempo y del espacio.

Comentarios sobre algunos aspectos anteriores

Pienso que podría ser de interés el intento de resumir —con todos los inconvenientes que esto tiene— algunos aspectos ya vistos, con el agregado de unas consideraciones que parecen desprenderse de ellos.

Hemos visto que, en un determinado momento, ya no hay un no tomar contacto conmigo. Al contrario, pero al mismo tiempo no hay contacto con la tía Catalina. Como si en su fantasía, allí estuviese toda la rabia, la destrucción, la muerte. Aparecería la tía Catalina como la Isabel de antes, la Isabel agorafóbica que con y por el muerto hacía ir a la gente a su casa. Es la tía Catalina quien tiene ahora al muerto, no ella. Y la gente ya no va a su casa, sino a lo de la tía Catalina, porque el muerto cambió de ubicación. Y le da mucha rabia eso. Tía Catalina le ha quitado las personas; en realidad, le ha quitado al muerto y a través del muerto le ha quitado los otros objetos. Tía Catalina es ahora la que tiene ese “algo” que atraía a la gente. Y podemos ver ya el porqué a Isabel le horrorizaba el pensar que iba a salir a la calle y que por ese “algo” que ella tenía la gente iba a ser “atraída” por ella. Le colocaba un disfraz sexual (todas la miraban, le decían cosas, le aterraba ver escenas donde “una mujer así nomás, Dr. Mom, le echaba una mirada a un tipo y se iban juntos. ¡Y qué fácil es! ¡Es horrible!”). En efecto, lo que ella sentía y temía que atraía en ella, era lo destructivo, lo “muerto” que ella tenía, muy disfrazado con todo lo sexual que se quiera, pero “muerto” al fin. Y eso atrae. Y mucho (recuérdese la sirena). E Isabel sólo disponía ya de ese mecanismo para atraer (recuérdese el “micro-

suicidio”). Y la tía Catalina se lo ha quitado. Sí, ella está muy contenta en un momento dado porque ha sacado de ella lo destructivo, porque entonces, libre ya de “eso”, el objeto puede ir a ella, puede ella atraer sin temor (introyección del objeto “maravilloso”, que tiene la “palabra santa”, “santa” como la madre). Pero no es menos cierto también, que puede tener miedo de ya no poder “atraer” (conservar ese objeto), ya que no tiene el “poder”. Este está ahora en manos de la tía Catalina. Ella no puede ir allí porque, entre otras cosas, temería el uso de ese “poder” contra ella. (Podría quedar “pendiente, en dependencia” o a merced de ese “poder” como durante mucho tiempo tuvo ella a la gente, incluida —y muy especialmente— la propia tía Catalina.)

Aparte de sentirlo como algo que puede quedar confinado en lo de tía Catalina, sólo mientras dure el “olor a muerto”, mientras dure el “cadáver-vivo” * mientras, en síntesis, haya objeto externo en quien ella pueda “colocar” la muerte. Después (cuando el muerto ya no esté, cuando lo entierren) ya no tendría en quien proyectar y la sensación destructiva podría volver a ella (“los muertos que vuelven”), y tendría entonces que expulsar a la “palabra santa” para no destruirla, o la “palabra santa” se convertía en algo que puede destruirla a ella. En síntesis, puede ella destruir los “aspectos buenos” de la madre, de la recuperada y “maravillosa” (por ser viva) madre de los primeros meses, o su madre “muerta” destruirla a ella, si está sin el “baluarte”. Y esto es lo que ha estado siempre por debajo del “cadáver-vivo” de su “padre-baluarte”; su madre, con la que siempre que mantuviese el baluarte vivo, alerta, no iba a tener el contacto temido. Pero después de todo, ¿cuál es el contacto temido? ¿Es su fantasía *con* respecto a lo que pasó cuando murió la madre en ese “cuarto cerrado”? ¿Y sobre cómo murió? ¿Es tal vez esa sensación de que sin el baluarte, sin la “prohibición” paterna con respecto a la madre, su parte consciente, su Isabelina, entraría en su interior para darse cuenta que no hay nada, ni un retrato de la madre, que la madre no existe, que hay un gran vacío? * Lo que en otras palabras estaría representado por el hecho de que sin la “prohibición” de salir a la calle sola (recuérdese lo que el padre “imponía”) lo

* En relación con esto, ver en página 495 aspectos de su “Fantasía Necrofílica”.

* Yo creo que el contacto que Isabel tiene, es, fundamentalmente, el “contacto” con el vacío. (Más adelante trataré de ampliar este concepto.)

haría. ¿Y para qué? Para darse cuenta que no hay nadie, que su madre no existe, que lo único que hay es una vaca que no la entiende, que no le presta atención por ser vaca; y recordemos que en ese mismo pensamiento aparecía Carlos y ella se calmaba un tanto. Y resulta interesante que se calme con Carlos, un hombre, siendo que lo que había salido a buscar era una mujer, la madre. Pero lo que es más, convertirlo, como lo ha hecho, en madre. En los hombres, en los “programas” por la calle, ¿no ocurriría lo mismo? ¿Saldría Isabel a “levantar”, a “traer” a alguien a su casa porque está sola? Pero para que ocurriese eso, tendría que “atraer”, tener ese “algo”. Y ese “algo” destructivo es precisamente la anulación que tiene que hacer del hombre para convertirlo en mujer-madre. Como en la situación analítica en que para llegar a la madre-Gorda tiene que eliminarme. (Parecería Isabel no poder tener una “relación de tres”. Como si hubiese quedado fijada a la etapa de “relación entre dos”.) ¿Y entonces? Llegaría a ponerse en contacto con la madre-Gorda y no sabría qué hacer, qué va a pasar. Por tener el “poder” con ella, puede, en su fantasía, “matarla” al querer conseguirla (ya que con el poder no puede sino “matar”), quedándose de nuevo sin madre, y si abandona ese “poder”, la “mata” la Gorda (como la tía Catalina). Y ese es su dilema. “¿Qué hago con la Gorda?”, dilema que no existe, que desaparece si me mantengo, si mantiene el baluarte que no la deja enfrentarse con la Gorda. (Y notemos entonces por qué Isabel, que siempre fue tan rebelde, acepta sin protestar esa “orden” paterna; y si no habría sido porque en el fondo servía, convenía a sus “intereses vitales”.) Prestemos atención entonces a la utilidad del mantenimiento del “baluarte” y ese “conservar” el objeto-barrera, a partir del momento en que en la realidad ese objeto se perdió. Y eso sólo podía ser realizado, “deteniendo” el tiempo (ver antes).

Sesión “La Nación”

Toda una serie de situaciones descriptas anteriormente aparecen muy especialmente en una sesión de ese tiempo, que considero sería de utilidad mostrar por lo menos en algunos aspectos.

En una oportunidad, mientras se estaba “viviendo” todo esto, fui a su casa para una sesión; me recibió en la puerta y sus primeras palabras fueron: “¡Qué

horror, Dr. Mom! Estaba preparando “La Nación” del sábado para dársela y le falta la parte del medio, cuatro páginas; y no la encuentro por ningún lado”. (Periódicamente Isabel me daba “La Nación”). Era particularmente llamativa en este momento su actitud, ya que no estaba ni desesperada ni tranquila, ni sonriente ni seductora, etc., es decir, no estaba en ninguna de las actitudes en que yo la conocía. Estaba simplemente desconcertada. Se recostó y quedó en *silencio*. Comencé a interpretar, tomando como primer elemento lo de “La Nación” incompleta. Como algo que me da siempre ella, pero teniendo hoy la sensación que lo que tiene ella y lo que me puede dar es algo tan sólo parcial, que falta lo de adentro, lo fundamental; que está solo con la envoltura externa. Además de estar siempre atrasada (“Nación” de días anteriores siempre), con fecha anterior; como si al hablar conmigo hoy estuviera hablando de ayer. Y como si tuviese siempre la sensación de que no puede ponerse en fecha, vivir en el presente y totalmente.

Y me dice Isabel que es como si fuera por épocas. Ahora es el temor a volverse loca. Y me relata que el otro día fue al cine y vio anunciada para una fecha próxima una película que se llamaba “Locura”, y que se asusté mucho; y que si uno se pone a pensar, por todos los lados ve y oye en distintas formas esta palabra. “Todo el mundo dice, Dr. Mom, que Fulano de Tal es un loco lindo y que Tal está loco; hasta el día que fui a lo de tía Catalina oí por todos lados esa palabra; y en general, para decir cualquier cosa de una persona, se emplea el término loco. Como estoy con ese miedo tal vez me fijé más; como una persona que está de luto y va por la calle y le parece que todos los demás están de luto también”. Señalo que, en todo caso, ella ha empleado para darme un ejemplo de locura, dos ejemplos de muerte. (Personas de luto y tía Catalina.) Y ayer, día en que ella estaba bien, me decía que yo estaba como muerto, sin hablar; hasta tuvo que darse vuelta para ver por qué no hablaba, ver qué me había pasado y que me señaló asimismo que era mejor estar mal porque entonces yo hablaba, estaba vivo y bien. Como si todo lo que me pasara ella me diese vida. Como si estuviese sólo actuando para mí. (Es mejor estar mal, porque entonces yo estoy bien). Y la sensación de locura cuando algo se le ha muerto adentro, y correspondientemente lo ve muerto afuera, en mí. (Como ella viendo a las demás personas de luto). Como si lo que podía tener dentro se le hubiese ido y la locura sería porque al haberse ido se hubiese muerto. (Recordar su frase anterior: “Algo se ha muerto en mí”). Como

si ella no pudiese ir a lo de su tía Catalina ya que constataría que el tío Alfredo se murió, que ya no queda nada, ni siquiera el “olor a muerto”.

A esto responde Isabel diciendo que eso ya se le fue y lo que domina es el *miedo a la locura*. *Interpreto su temor a volverse loca por darse cuenta que se fue el “olor a muerto”, el “olor que sólo hay el primero o los primeros días, mientras el muerto todavía está entre vivo y muerto, mientras aún está “caliente”. Mientras pueda desprender el “olor”. Es como si mientras hay un “olor” el muerto no se “murió”; todavía está “vivo” y esto ocurre en los primeros días, cuando hay movimiento, gente, ruido, etc.* Responde Isabel que ayer fue su prima Teresita (la única hija de tía Catalina) a verla a ella (a Isabel).

“Estuvo un rato y después me dijo que fuéramos a lo de tía Catalina. Yo no quise o no pude, no sé, por nada en el mundo. *Hasta me quería poner el tapado y yo le dije que no. Y no pude ir*”.

Yo: “¿Y para que va la gente a lo de tía Catalina?”

Isabel: “Para acompañarla”.

Yo: “¿Y para qué viene la gente aquí?”

Isabel: “Para acompañarme. Mire, por ejemplo, ayer se fue Marta a lo de tía Catalina; le dije que no se fuese, que antes llamase a Carlos para que viniese y que luego se fuese”.

Yo: “Como si sintiese como en lo de tía Catalina está ocurriendo lo mismo que ocurrió aquí antes. *Ud.* con el “olor a muerto” de su padre durante diez años, pero con el “olor a muerto” del primer día. Como *Ud.* decía, como si el tiempo no hubiese transcurrido”.

“Todo se paré en 1943. Sería un poco como si yo estuviese visitándola ahora en 1943. Y unido a esto la sensación de teatro que *Ud.* señalaba muchas veces en relación con la gente aquí, en su *casa*. Como *si* la gente viniese a verla, como si hubiese muerto ayer su padre. Y tendría rabia a su tía Catalina, ya que es como si le hubiese robado el cadáver-vivo, y a las personas *que* iban a “darle el pésame”.

Como si durante diez años hubiese vivido ese día, como si hubiese tenido que mantener el olor durante diez años. Como si hubiese tenido que alimentar al muerto para que no se muriese, para que siguiese desprendiendo el olor, y como si nada de lo que *Ud.* hubiese comido hubiese podido ser para *Ud.* Todo tenía que ser para ese muerto hambriento. Y como señaló *Ud.* en una oportunidad, al hacer referencia a lo delgada que estaba, que su cuerpo le

daba asco, ya que no era un cuerpo; lo sentía *sólo* como una envoltura para el muerto. Por eso está ahora como *“La Nación”*: *incompleta y atrasada*.

Isabel: “Y me parece haber engordado algo en estos días”.

Entonces, el engordar, el estar bien, el alimentarse ella, es como no alimentar al objeto, como si matara al objeto, como si lo hubiese eliminado, como si no estuviera. Mientras ella está “mal”, el objeto está “bien”, es decir, está, es. Y a la inversa. De ahí que para ella, el estar “bien” se acompañe de la sensación de locura; bien en la calle, pero sola, enloquecida, “vacía”, buscando al padre claustrofóbico que no está. Y a lo que el padre se llevó de ella; su parte interna, su yo claustrofóbico que estaba en el interior de su cubierta o centro agorafóbico. Y en esas condiciones el ir a lo de la tía Catalina es ir a robarle (a reconquistar) el objeto, llena de odio a la tía que le ha quitado la gente (el objeto); existiendo también el temor a la venganza de la tía Catalina por sus intenciones (lucha por el muerto). Y es interesante que esta idea de lucha por el “muerto” incluye, además el logro del “poder” y del logro del control sobre el “muerto perseguidor”, el tratar de conseguir, logrando al “muerto”, un lugar, un sitio para él en ella. Y me parece esto lo más importante en esta lucha por el “muerto”. Si ella tiene ese lugar, si ella es un “lugar”, ella es, está, porque tiene un objeto (si no, no habría lugar). Y el objeto también es, está, porque está en un lugar.

Es luchar por ser, a través del control, a través de la dominación de la muerte, que es no ser, no estar, nada, vacío. Y su temor sería ponerse en contacto con la tía Catalina (madre) sin el “baluarte” del padre. Y la “distancia” que hay entre su casa y la de tía Catalina, la “distancia” que hay entre las dos mujeres (Catalina convertida en agorafóbica e Isabel en claustrofóbica), sería el mejor “baluarte”.

En relación con el objeto internalizado y otros temas

Es interesante la sensación como de pérdida constante e inminente que tiene Isabel. Su objeto internalizado no está asimilado, incorporado. Está tan sólo encerrado. Pero “luchando” por salir de su encierro. Lógicamente, ya que es un objeto claustrofóbico; y como está “vivo” tiene potencialmente la fuerza

de irse; de ahí la sensación de desesperación de Isabel cuando se va el objeto (Carlos, yo, etc.), de “largarse” a la calle precipitadamente, es decir, de ir a buscar lo que se le ha perdido en el lugar donde naturalmente estaría un objeto claustrofóbico. Iría Isabel, enloquecida, a la calle, al espacio abierto; pero allí no hay nada ni nadie, hay sólo extraños que ni la miran (como la vaca de la fantasía), salvo que ella “provoque”. Y para evitar esta sensación que la atemoriza, tendría necesidad de convertir sus objetos en agorafóbicos, para que no se vayan. Encerrándolos (como a Marta, a Juana, etc.) como única forma de tenerlos. Pero de esa forma los “mata”, como se mata a un objeto claustrofóbico encerrándolo. Y tendría Isabel la sensación como si solamente pudiese “tenerlos con seguridad” cuando se mueren, cuando los “mata” (y recuerda esto el final de “Manón”). Es decir, que sólo puede tenerlos en la muerte, que es su muerte también, ya que la muerte del objeto representa su propia muerte (por lo que el objeto tiene de ella). Sólo que Isabel, por disponer de un mecanismo de aislamiento, puede defenderse de su muerte, aislándolo; defendiéndose así de la identificación con el que sería su propia muerte. Pero ella, sin el objeto, no es nada, es una simple envoltura; sin el objeto, siente como que su vida no sólo ha perdido al “objeto” sino que ha perdido objeto, lo que en síntesis sería lo mismo, ya que el objeto de su vida es su “objeto”. Y por eso, para que el objeto no se muera (y ella con él), tiene que conservar las “diferencias”, establecer un “límite”, tener angustia: Marta se muere. ya que deja de ser Marta, cuando se queda todo el día en la casa, cuando es igual a Isabel. Y de ahí el aparente callejón sin salida:

- a) Si lo conserva en su interior, lo “mata” y “se muere ella”, ya que no hay “límite”; ahora el “olor a muerto” pasa al objeto. Lo gana, sí, pero lo pierde porque lo gana en la muerte. Y es este temor el que la lleva a emplear el mecanismo de disociación; el temor a que su agresión sea tan grande, que no pueda darle vida, la lleva a dividir. Es decir, duda de su capacidad reparativa; no sabe quién ganaría: si la muerte del muerto o la vida de ella.
- b) Si el objeto se va, “lo echa”, pierde su sostén, las páginas interiores de “La Nación”, lo fundamental, su vida. Aparte de que el objeto fuera de ella, automáticamente se muere, ya que le falta quien lo alimente, le dé vida. Y en la muerte del objeto está su propia muerte, ya que su vida

está en la de él.

Parecería que, de cualquiera de las dos formas, Isabel fuese sólo una “envoltura” tanto si tiene la parte “muerta” dentro de ella, como si no la tiene.

Y quisiera retomar ahora el tema del “contacto” con el “vacío”, mencionado anteriormente. Efectivamente, Isabel como “envoltura” si su objeto y su yo claustrofóbico se han “ido”, no tienen interior. Está vacía. Es sólo una envoltura agorafóbica. Es el “cuarto cerrado” (donde estaban su madre y su hermana enferma y donde murió su madre), pero que es un cuarto vacío (ver sesión “baluarte”). Y ese cuarto vacío, en su fantasía del año y medio de edad, cuando murió su madre, es el “cuerpo vaciado” de la madre y, regresivamente, el “pecho vaciado”. Es decir, ella, como envoltura vacía, es como el cuarto vacío y es como el cuerpo y el pecho vaciados, y por tanto vacío de su madre. Y su miedo al “vacío” es el miedo al “contacto”, a la identificación con la “víctima vaciada”. Y su ansiedad ante el control es debida a su ansiedad ante el “vacío”. Faltándole lo de adentro (objeto y yo claustrofóbico), su “vacío interno” provocaría un ataque de angustia claustrofóbica que la llevaría afuera; pero dijimos que Isabel era, en un momento, sólo una envoltura agorafóbica. Y para Isabel, la sensación de locura, también en un momento, es que, siendo sólo una agorafóbica, esté donde no puede estar, en la calle. Allí le falta algo: lo que posibilitaría su “estar afuera”, es decir, le falta su yo claustrofóbico. Y en la calle no encuentra lo que busca; es decir, la calle para ella, está vacía. Como ella. No hay nada.

Mientras el objeto esté en ella (o ella en el objeto), lo que el objeto tiene de ella, está, es. Pero si el objeto se va, “se muere”, o si ella se va de él, “lo mata”, Isabel queda sin lo que el objeto tiene de ella. Y como el objeto, separado de ella, “muere”, lo de ella, que está con el objeto ahora muerto, se “muere” también. Y si se le “muere” y “desaparece” una parte de ella (justamente la que le permitía estar afuera), no puede ir afuera porque el afuera “no existe” para ella. No tiene con qué estar afuera. Es como si estuviera en un lugar que no existe, que no es; en el vacío, en la nada. Es la desaparición de una parte de ella, es la locura, el “vacío”. Y ella vive angustiada controlando la posibilidad de la desaparición de una parte de ella a través de la desaparición del objeto que contiene esa parte de ella. Parece, entonces, como si su ansiedad ante y por el

control fuese una ansiedad a la “falta”, al vacío.

Todo el esfuerzo de Isabel es negar la muerte del padre; el “olor” viene de afuera, de la envoltura, es “olor” impuesto, no es de él. Si lo muerto es lo de afuera, lo que está encerrado dentro es algo vivo. Ella no tiene el “olor” del padre, tiene el “olor” de lo que rodea al padre; pero el padre está “vivo”. Además de la sensación como si el tiempo se hubiese detenido a partir del momento en que murió el padre (ver “Tiempo detenido”, pág. 505); como si todo se hubiese “parado”, quedando sólo el “olor” que normalmente se va en pocos días. Está recién muerto; está un poco entre la vida y la muerte; *están* las *dos cosas*, la vida y la muerte. Es un “cadáver-vivo

Y en relación con este “cadáver-vivo”, actuaría su fantasía necrofílica.

En un trabajo de la Dra. H. Segal, titulado “Una fantasía necrofílica”, describe la autora el tipo particular de relación que el sujeto de su trabajo tenía con los objetos; para su “máxima seguridad”, sus objetos debían ser como cadáveres.

Y la relación de Isabel con los objetos (como se ha visto a lo largo del trabajo), es como si fuera con objetos inanimados, con “muertos” (con “envolturas”). Isabel reduce a los objetos, a través de “meterse” con y en ellos, a simples envolturas, ya que les quita todo el interior, los vacía; los “mata” para poder dominarlos.

Muertos, dejan de ser “peligrosos”; no se van ni les pasa nada y son manejados a su antojo. Los “atrae”, los seduce, se los “lleva” con ella a su casa y a través de eso, los “mata”.

Y los conserva, para “revivirlos”, después de haberles “quitado la vida”. Y los revive “acostándose” con ellos, dándoles vida a través de esa relación; pero ya es la vida de ella lo que hace revivir al muerto. Entonces, los muertos “viven” por ella. Pero “ella vive en ellos”. (Ver esquema final). Y ya los domina y controla. Son “vivos de nuevo”, pero ya no son peligrosos, porque “lo que viven” no es la vida de ellos, sino “la de ella”.

Pero sólo podrá revivirlos, si ella tiene vida. E Isabel duda sobre si tiene la “palabra santa” (ese “algo” bueno) o si, por lo contrario, tiene en su interior ese “algo” destructivo. Es decir, como dijimos antes, Isabel no sabe (y teme) quién “ganaría”: si “la muerte del muerto” o la “vida de ella”. Es decir, duda de su capacidad de reparación.

Y este “cadáver-vivo” a que nos referíamos está todavía así: entre la muerte y la vida. Y la relación de Isabel con él es de acuerdo al estado del “muerto”. Efectivamente, ella está todavía en los primeros días, “recibiendo” la visita de la gente que va a darle el pésame. Y mientras siga yendo gente a su casa, mientras siga “recibiendo”, persiste esa situación. Y ese es el “teatro” a que Isabel se ha referido en varias oportunidades (ha dicho muchas veces, que no sabe hasta qué punto las cosas son reales y hasta qué punto todo no es sino teatro). Ella ha estado muchos años con la tía Catalina en estos días. Y por eso la rabia (o mejor dicho, uno de los motivos de la rabia); es como si la tía Catalina le robara el muerto, y fuera de ella, el “muerto” se muere en realidad; deja de estar “vivo”. E Isabel se siente como habiendo perdido el objeto muerto y con él, el “poder”; ese “algo” que usaba para atraer, conseguir objetos, con el significado de controlar el “muerto perseguidor

La casa de la tía Catalina es la prueba de realidad; después de unos días todo va a volver a su cauce normal. El muerto se murió en realidad. Y por eso no puede volver ella a lo de tía Catalina; el “cadáver-vivo” ya no está. Su última tentativa fue verlo en la cama, no en el cajón, arreglado todo con mucho gusto. Todo eso iba de acuerdo con ella. El pánico es en el momento en que siente el “olor” como viniendo de adentro (no del cajón y flores), como el pánico de días antes fue ver cómo dentro de ella había sólo destrucción (representada por un lado en su “micro-suicidio” y por otro en el “contagio” a Carlos).

En todo esto está la sensación del objeto idealizado, internalizado, no asimilado, al cual ella rodea y al cual tiene que dedicar todos sus esfuerzos para salvar. Lo rodea, no lo incorpora; no puede asimilarlo porque en cuanto lo haga, mezcla “muerte” y “vida”. Además de que no se pueden mezclar; hay una “incompatibilidad” entre ellos, ya que él es un claustrofóbico y ella es un agorafóbica; todo su esfuerzo, toda su ficción, su teatro, es que tiene que seguir manteniendo “vivo” ese muerto.

Y este punto ha despertado mi interés. Aunque sólo quiero por el momento, mencionarlo como un interrogante que ha surgido durante el curso de este trabajo y que me ha hecho, asimismo, pensar en otros casos en tratamiento, que presentan una situación similar.

En efecto, hemos mencionado al objeto internalizado, idealizado y no asimilado que, unido con el yo claustrofóbico de Isabel, estaría, por otro lado, separado de la otra parte de su yo (yo agorafóbico) por la “zona”. Pero hemos

dicho también que, en ocasiones, Isabel actúa como si fuera una claustrofóbica; y esto hablaría de que ella, en ese momento, se ha unido con su yo claustrofóbico que está con el objeto; e, identificada con él, actúa como una claustrofóbica. Aparte de las implicaciones contenidas en esto, el hecho interesante parecería ser que para que esto haya ocurrido (la identificación de Isabel con su aspecto claustrofóbico), el baluarte tiene que haber sido pasado, roto, violado, para haberse puesto Isabel en contacto con el objeto y la otra parte de su yo. Lo que parecería desprenderse de esto sería que ese yo claustrofóbico, y por tanto el objeto internalizado, idealizado y no asimilado, no están tan no asimilados. Y en un caso en tratamiento, con marcadas características autistas, he observado esa “comunicación” con ese objeto internalizado y aparentemente no asimilado. Y si es así como yo pienso, ¿qué es lo que lo determina?

Y creo que esa sensación es muy importante como comienzo de la angustia (a predominio paranoide o depresivo, según la situación), ya que la eliminación de la angustia habría sido conseguida (parcialmente) a condición de mantener una separación completa y absoluta, a tal punto que Isabel, “siendo” de una forma (actuando con una parte de su yo), desconocía completamente, por haberla “eliminado”, la otra parte.

Siguiendo con nuestro tema anterior, mencionábamos que todo su esfuerzo era en el sentido de seguir manteniendo “vivo” ese muerto. Y por otro lado, sólo puede estar bien (sale, come, engorda) cuando “al lado de ella” se está reproduciendo una *situación* análoga en la cual, proyectivamente, puede “meterse identificarse, a través de “colocar” una parte de su yo y el objeto muerto, incorporando, por otro lado, el “objeto maravilloso” ver pág. 502. Y por supuesto que para seguir estando bien, necesitaría controlar la posibilidad de la “vuelta” de lo que ella ha “colocado” en casa de su tía Catalina. (Nuevamente la “distancia”, la “zona”. Necesita vigilar siempre, controlando, el mantenimiento de la “zona” interpuesta). Es decir, no podría ponerse en contacto ahora con su tía Catalina; sólo el primer día. Entonces, ha “metido” el “muerto” en lo de tía Catalina, convirtiendo a ésta en agorafóbica. Y ella se hace claustrofóbica con una “zona” intermedia; esta vez entre ella y la tía Catalina. Y esto representaría lo que en su vida el “muerto ha hecho con ella”, y lo que ella ha hecho con los objetos a su alrededor. Ella “identificada” con el “muerto”, se “ha metido” dentro de nosotros, como el “muerto” lo había hecho con ella.

Es decir, que ella como envoltura o cubierta, tenía dentro de ella al “muerto” internalizado, con un aspecto o parte de ella, de su yo, separado de su otra parte, de la envoltura, por una “zona-baluarte”. Es decir, una división en dos partes dentro de un solo objeto (ella misma). Y veremos más adelante como en el objeto externo (acompañante), ocurría una disociación similar (ver Conclusiones).

Este es un aspecto.

Pero por otro lado, es como si ella hubiese tenido que tener siempre al objeto dentro de ella a pesar de que la estuviese “matando”, porque es como si toda su vida hubiese “huido” al objeto internalizado, idealizado, no asimilado; vive mientras el objeto “viva”. Pero está encapsulado, enquistado (no asimilado), como está mi casa para ella. Sólo esta última deja de estarlo cuando se “saca” el muerto de encima. Entonces puede incorporarme, teniendo la sensación de “algo maravilloso”. Y ese algo maravilloso está dado por el reemplazo de las partes de ese objeto necesitado de idealización (para contrarrestar las otras partes *muertas, destruidas*) por algo **humanizado**. Y ese *algo humanizado* es la relación con Carlos de esa noche (ver pág. 502), que a la mañana siguiente produce, a través de mi llamado, esa *sensación* de enorme bienestar.

De toda esta serie de aspectos mencionados, podría inferirse:

a) Que los aspectos “malos” de la madre (madre muerta o moribunda: “tía Catalina”) se han expulsado y que en cambio de ellos, los aspectos “buenos” se han internalizado a través de ese “algo maravilloso” (la imagen de la madre de los primeros meses, la madre nutricia, con la cual podría haber afrontado la muerte del padre, *con* la que podría ir a la casa del *muerto*).

b) Que hay aspectos de la madre que, por *haberlos* echado, se van a morir fuera de ella (recordar la promesa de Isabel:

“Nunca nadie va a ocupar tu lugar; nunca vas a morir para mí”, hecha ante el retrato de la madre). Y parece repetir la situación de lactancia; se van a morir los “*aspectos buenos*” de la madre.

c) Que terne la destrucción de su “objeto maravilloso” (y lo maravilloso para Isabel es volver a tener una madre viva, es decir, estar ella misma viva) si une los aspectos disociados, si va a lo de tía Catalina. Aunque hay un hecho, y es que su “nueva madre” (en realidad, la “vieja madre”), es “fuerte” porque está viva; podría ir con ella a lo de tía Catalina; aunque no podría ir con Catalina a

ella.

Es decir, si tiene amor puede dominar la muerte; si tiene odio (muerte) matará el amor (según que se ponga en contacto con la tía Catalina yendo conmigo o conmigo yendo con su tía Catalina).

Y en esto parecería indicar que lo que está en ella es más fuerte que lo que está afuera. Pero en todo caso es la primera vez que el objeto interno, a través de la influencia analítica, tiene una fuerza, un poder, como para enfrentar lo “malo”. Parecería que la “palabra santa”, la “leche buena”, estuviese en ella otra vez; nuevamente, como hace mucho tiempo. De ahí que su mecanismo de curación fuese expulsar lo malo (para poder introyectar lo bueno) y luego ir hacia lo malo y dominarlo (pero sólo si tiene lo bueno adentro). El temor a no poder dominar lo malo (o que lo malo le destruya lo bueno, mejor dicho), la llevaría en esos momentos de temor, a persistir en la “barrera”, en la disociación.

CONSIDERACIONES FINALES

SOBRE EL TEMA “OLOR A MUERTO”

Y ALGUNOS OTROS ASPECTOS

Cuando Isabel tenía su mundo perfectamente separado o limitado, no había angustia. O sus angustias con respecto al afuera parecían no existir. Pero ¿por qué? Porque Isabel dominaba el afuera, dominaba lo vacío y hostil del afuera a través y por la introyección del objeto muerto. ¿De qué manera? “El afuera” para Isabel tenía un sentido: vacío y objetos muertos: y vacío porque no hay nada, hay muertos. Y si ella salía, encontraba el vacío (locura, muerte) y se moría no sólo por el vacío (no hay nadie para alimentarla), sino también por la “agresión” del muerto. Y su introyección del objeto muerto representaba el dominio y control de esa angustia. La ansiedad del control es la ansiedad del vacío (locura, muerte). Lo incorpora, no lo asimila. Lo separa de ella pero lo tiene en ella; le da vida e impide su agresión a través del control por la disociación. Y tiene tan poco contacto con el objeto como con la calle. En su división o separación casa-calle, dramatiza la separación, la disociación interior. Y el objeto internalizado, idealizado y no asimilado, representa, por provenir del “afuera” de Isabel, la muerte, el vacío, y la Isabel enloquecida, sola en la calle. Y todo eso ha sido eliminado por la internalización y control de esos

aspectos. Ya la calle no tiene significado para ella. No existe. Elimina el peligro de morir que estaría dado por el salir, enloquecer y morir ante el “vacío-muerto”. Pero también elimina la posibilidad de salir, de ser claustrofóbica, ya que “no tiene relación” con su yo claustrofóbico.

Al eliminar lo temido de la calle, también elimina lo agradable (todos sus recuerdos del afuera). Ha eliminado la posibilidad de morir (o que la mate el muerto) al dominar al muerto privándole de su “poder”; ahora lo tiene ella. Ya no hay muerto afuera, ya no tiene que temer el afuera porque ya no existe el afuera.

Ahora están dentro de ella, por un lado, una parte de ella y, por otro lado, el objeto con algo de ella, con lo que el objeto tenía de ella, es decir, con lo que ella puso o cargó sobre el objeto. Claro que separados. Necesariamente. Es decir, que dentro de ella y separados, había dos ella; o ella separada en dos. O lo que es lo mismo, dos yo de ella que por corresponder a dos espacios o lugares, dentro y fuera, los llamo yo agorafóbico y yo claustrofóbico. Y tendrían que estar separados porque si se juntan dentro de ella, ante el peligro de muerte, experimentaría un ataque de angustia claustrofóbica y saldrá “disparando” afuera, a lo que no existe, al vacío, a la locura, a la muerte (a la nada). De la misma forma en que si se pusiese en contacto afuera con el muerto, que además de ser muerto (vacío, nada) la puede matar, habría experimentado un ataque de angustia agorafóbica y habría vuelto corriendo a su casa, que no existe, que está vacía, porque los objetos están afuera (a la nada).

Es como si se pudiese decir que necesita los objetos muertos (que están afuera, que por ser muertos son claustrofóbicos con respecto a ella), ya que sin ellos se muere, porque se queda sin objetos, pero con ellos también, ya que son muertos. Por tanto necesita que vivan. Ella en su casa, y con el objeto muerto intenta dar vida a ambos.

El objeto muerto está o proviene de afuera. Del lugar que Isabel ha eliminado de ella misma; del vacío, de lo peligroso, de la muerte. Por tanto el objeto muerto es amenazador para Isabel porque proviene del lugar (“vacío”) con el que Isabel no quiere tener contacto, unión, pues moriría. El objeto ha sido recogido en un lugar mortal; una al hecho de estar muerto, el provenir de lo muerto de Isabel (del afuera, del “vacío”). Objeto absolutamente muerto es,

para Isabel, igual a nada, al vacío. *Es decir*, para Isabel, si el objeto se muere, ella tiene un vacío; y es así, porque el objeto, al matar algo de ella, la “vacía”.

He tratado de mostrar (pág. 495, “Resumen Parcial y comentarios sobre el control”) cómo Isabel habla *depositado* (colocado) aspectos de ella en los objetos a su alrededor. Y cómo, a través del control ejercido sobre esos objetos, controlaba los aspectos de ella o las partes de su yo en los objetos; ante la imposibilidad de controlarlos dentro de ella.

Si bien en un primer momento, antes del comienzo del análisis, el control había sido obtenido a través de la internalización del “afuera” y de la división en su interior (que en su vida de relación tomaba la forma de división casa-calle), posteriormente la sensación de que le era difícil mantener los límites, la disociación, de que en esa forma su defensa se iba destruyendo (con el peligro consiguiente de “unión”), impulsó a Isabel a la búsqueda de una nueva división (a través de las personas).

Y como el objeto (analista), llegado de afuera, irrumpe, pasa la barrera defensiva entre sus dos aspectos y se pone en contacto con lo que Isabel había internalizado y no asimilado, al irse “ya se lleva” ese “espacio interno” de Isabel (objeto internalizado, no asimilado más parte de Isabel: yo claustrofóbico. Y por supuesto ya ese objeto nuevo (analista) no se puede “ir”; aunque tampoco puede “quedarse”. Debe estar con todo lo que contiene, en una cierta “zona”, al alcance de Isabel, pero no con Isabel. Separado por la barrera o “baluarte” de una cierta “distancia”. Cerca de Isabel, ya que es un objeto absolutamente necesitado, pero no unido a ella, ya que es un objeto absolutamente peligroso. Es decir, tiene las mismas características del objeto que antes estaba en Isabel y que contenía parte de Isabel. Y es tratado en la misma forma que Isabel trataba antes al objeto y a lo que ella puso en el objeto. Ya que en lugar de encerrarlo en su cuerpo lo “retenía” con su control. Al romperse la barrera defensiva ante mi introducción, “coloca” en el objeto analista los dos aspectos contenidos en ella, separándolos, disociándolos, como estaban separados, disociados en ella. Y separados por una “zona”, que ante el temor de que se elimine, de que se pierdan los “límites” (situación defensiva), la lleva a disociar nuevamente en dos objetos. Y ahí aparece mi “continuador”. Isabel debe siempre tener un objeto “reemplazante” (continuador).

BALUARTE Y “OBJETO CONTINUADOR”

La introducción de este último tema, que considero importante por la “aparición” de un nuevo elemento, impone unas pocas aclaraciones previas. Estas son:

- a) Entre junio y octubre de 1953, Isabel ha aumentado 9 ½ Kgs. Pesa ahora 47.
- b) Por setiembre de 1953, comienza a tener, periódicamente, relaciones sexuales con Carlos; con continuas fantasías de embarazo.
- c) Las dos cosas que ella más hubiese querido —y quiere— tener en su vida son: una madre y una hija.
- d) En un sueño, Isabel, “por lo que ha hecho”, debe dejar de ser “Hija de María” (María era el nombre de la madre y es, por otro lado, el primer nombre de Isabel; ella usa su segundo nombre). En las asociaciones de este sueño está la idea de la madre “santa”, como Virgen María, la cual tuvo un hijo sin tener contacto sexual; fue “auto-fecundada”.
- e) La “gordura” de Isabel se localiza de la cintura para abajo. No puede ponerse ropa del año anterior ya que parecería que esa ropa, al “marcarle”, pusiera de relieve esa “anormalidad”.
- 1) Carlos está “agotado” por el trabajo; e Isabel “desesperada” por esto. Por tal causa, Isabel le hace la tesis, que Carlos no puede concluir.
- g) Isabel siente que se puede “arreglar sola”; y sigue aumentando. Casi ha llegado a los 10 Kgs., cifra especialísima para Isabel, sin saber porqué.
- h) Isabel ha vuelto a pintar y a otras actividades que años atrás realizaba; teniendo, en dos o tres oportunidades, la maravillosa sensación de *que ella estaba* en sus cosas y Carlos en las de él. Y esto la hacía sentirse muy unida a él.

En el baluarte, por el hecho de ser baluarte, no se pueden juntar los dos aspectos que el baluarte ha separado. Con el baluarte y por el baluarte y en el baluarte, no hay posibilidad de unión. Si el baluarte está entre Isabel e Isabelina, esa barrera, ese baluarte, separa a Isabel de Isabelina.

Unir el aspecto agorafóbico y el aspecto claustrofóbico, sería unirse ella

con el pene de Carlos; y el producto de esa unión, es decir, el embarazo, el parto y el nacimiento de una hija (ella misma), significaría haber “revivido” sus objetos muertos. (Haber dado vida al pene en ella, María; es decir, el pene está vivo y María está viva. Y por otro lado, apacigua a la “Virgen María”, ya que como ella, se “arregla sola”). Significaría haber juntado o integrado sus aspectos agorafóbicos y claustrofóbicos. Pero no en ella (imposible, por ser ella misma un baluarte también), sino en su “hija”, su continuadora. Y los continuadores pueden unirse a través de haberse unido los originarios, los primitivos. Lo que no se puede unir es un “originario” con un “continuador”. Y Carlos es “mi continuador” y su “hija” es su “continuadora”. E Isabel juntaría en su hija sus dos aspectos, sus dos yo, para producir a través de ella, la “nueva Isabel”, que tendría los dos aspectos ya fusionados, indiferenciados. Habría unido en su “continuadora” ambos instintos (vida y muerte), pero bajo el imperio de su instinto de vida, ya que produjo vida (triunfó sobre la muerte) al “revivir” a sus padres y al “crear” algo: su hija. Y esta “creación” estaría en línea con su pintura, con los trabajos para Carlos, etc. Y estaría aproximándose a su “parto”: “Todavía no está, Dr. Mom, me falta un poquito más por engordar”. (Iguales palabras son usadas al referir que le falta un poquito para estar bien y para salir a todos lados).

Es decir, su agorafobia y su claustrofobia no pueden reunir-se en ella. Ella misma es un baluarte; no en mí ni en Carlos, ya que ambos somos baluartes. Ni con nadie, ni por nadie, ni en nadie. Sólo a través de un nuevo objeto “no contaminado” por el “uso”, que no represente un aspecto parcial, sino la síntesis armoniosa de todos los aspectos parciales (objetos y partes de ella), hecha bajo el instinto “creador”. Y en este nuevo objeto se pueden unir su yo claustrofóbico y su yo agorafóbico, porque en él ya no hay un aspecto parcial, un espacio cerrado o un espacio abierto (que sólo posibilitaría el albergue de un solo aspecto de ella), sino que están los dos, el “cuarto y la calle”. De modo que sus dos yo pueden ir a él, reunirse en él, porque en él hay lugar, espacio para cada uno, hay ubicación para los dos.

Nota: A este nuevo objeto le he dado el término de “continuador” posiblemente por no haber encontrado una denominación mejor implicaría la idea de un objeto indiferenciado, total, que, por ser indiferenciado, no tiene agorafobia ni claustrofobia, y por ser total, “tiene las dos” simultáneamente.

Y el dudar sobre conseguir una “continuadora”, sobre el éxito de su “creación”, es similar a su miedo de que “no resulte” su actual fantasía de ir a mi casa (el realizar las sesiones allí), cuya finalidad es, profundamente, “nacer”, convertirse en “continuadora” de la Gorda.

SINTESIS Y CONCLUSIONES

Varias cosas llamaron mi atención en esta paciente:

- 1) Su síntoma principal: agorafobia.
- 2) La división o disociación que ella, a través de su síntoma, había hecho: afuera y adentro.
- 3) La adscripción a cada lugar de un estado de ánimo distinto: estar adentro era igual a estar tranquila y estar afuera era igual a estar intranquila (o desesperada o enloquecida).
- 4) La falta de intercambio (al principio) que había entre esos dos lugares.
- 5) La limitación que había sufrido su vida (eliminación del afuera) y no obstante, su aparente sensación de bienestar como si no le faltara nada.
- 6) Sus reiteradas referencias al “afuera”, a lo que había sido ella en una época. Y el que sus momentos más felices hayan sido referidos siempre al “afuera”.
- 7) La pronta sustitución de un síntoma por otro (del miedo a la calle al miedo a estar sola).
- 8) Su constante referencia en las sesiones al estar o haber estado tranquila o intranquila en relación con el haber o no estado acompañada (sola o no).
- 9) Su permanente angustia en relación con el peligro o posibilidad de quedar sola; que los objetos se fueran. Y su constante vigilancia para que no se fueran.
- 10) El necesitar que el objeto tuviera individualidad, “límites”; que se fuera y volviera. Y su constante vigilancia para que conservase esos “límites”.
- 11) El haber experimentado, muchas veces, deseos de salir a la calle, desesperada, a buscar al objeto que se había ido.
- 12) El salir afuera, estar bien, y angustiarse ante la idea de volver, pareciendo en esos momentos una claustrofóbica.

13) La necesidad, al salir, de dejar en su casa un objeto de quien tuviese la seguridad que sería agorafóbico hasta su regreso, pareciendo Isabel en esos momentos una claustrofóbica que deja momentáneamente su agorafobia, pero que necesita saber que está, que no la perderá por cambiar de lugar, de síntoma.

En síntesis, me llamaron la atención tres cosas:

- a) el que Isabel pareciese ser a veces una agorafóbica y otras una claustrofóbica;
- b) el que toda su vida girase alrededor del lugar, del sitio, del Espacio. Como si todo dependiese de eso. Y su horror al vacío.
- c) la anulación, la “detención” de cualquier otro elemento (aún incluido el Tiempo) que no fuese el de conseguir un lugar; y a su través, ubicar y ubicarse.

Y el que Isabel sea agorafóbica o claustrofóbica depende del lugar donde haya “colocado” el objeto muerto, es decir, de la “agorafobia o claustrofobia del objeto muerto”. La ubicación en el espacio del muerto y de ella están, aunque como ya lo vimos no totalmente, en relación inversa: Si el muerto está fuera, ella será agorafóbica, y viceversa. Se defiende, mediante su posibilidad de disociación, de aislamiento, de encontrarse con él —y con lo que de ella hay en él— y “unirse”, muriendo o siendo matada.

El hacerse distinta del objeto (claustrofóbica o agorafóbica si el objeto es agorafóbico o claustrofóbico) es la mejor defensa contra el objeto —y la parte de su yo en el objeto— “peligrosos”. Y el internalizarlo, junto con lo que de ella tiene el objeto, es la mejor forma de dominar su peligrosidad y al mismo tiempo de conservar su objeto, la parte de su yo “necesitado”.

La separación entre ella y el objeto que contiene un aspecto de ella, implica, pues, una separación entre sus dos yo. El “depositar” el objeto internalizado y la parte del yo que lo acompaña sobre otro objeto, y el controlar a éste, es una manera de lograr el dominio sobre su otro yo y el objeto, dominio que consiste en no juntarse y en no separarse. En estar.

RESUMEN GENERAL SOBRE YO CLAUSTROFOBICO

Y YO AGORAFOBICO

Casi al comienzo de este trabajo mencioné que en una época anterior existía una Isabel que a veces era agorafóbica y otras claustrofóbica; es decir, que su modo de actuar, su Yo, era a veces agorafóbico y a veces claustrofóbico. También dije que esa posibilidad de actuar como agorafóbica o claustrofóbica se había limitado, siendo en ese entonces sólo agorafóbica. Y que su aspecto claustrofóbico parecía haber desaparecido de ella; no estaba presente. Dije también que los “peligros” estaban fuera de ella; Isabel no se angustiaba a condición de no ponerse en contacto con “el afuera”. No dije en cambio que podría haber ocurrido con su yo claustrofóbico, aquel que en una época actuaba en primer plano. Aunque está implícito. Si no pudo estar adentro e Isabel no lo tiene, debía estar afuera. Donde estaban los peligros y la angustia desde el punto de vista, el “ángulo” con que Isabel, identificada con su yo agorafóbico, veía el exterior, lo que estaba fuera de ella. Es decir, fuera de ella están los peligros, las angustias ante esos peligros, y su yo claustrofóbico; y si los peligros y la angustia están fuera de ella, quiere decir que se comportan como claustrofóbicos con respecto a ella. Ella, para estar tranquila, los ha expulsado, los ha hecho claustrofóbicos. Los ha equiparado a su yo claustrofóbico. Entonces Isabel ha perdido, al expulsar, sus peligros, sus angustias y su yo claustrofóbico. O si se prefiere, como la salida de esos elementos (“peligros y angustias”) no podía ser hecha aisladamente de ella, sino que debía ir acompañada de una parte o aspecto de ella misma, esa parte de su yo que “acompaña” esos aspectos necesitados de ser claustrofóbicos, tomaría la característica de yo claustrofóbico. Entonces, el yo de Isabel que está “afuera de Isabel” es un yo claustrofóbico con respecto a Isabel.

Pero además, Isabel pensaba todos los días en su madre; en que se había muerto y no la tenía; es decir, su madre también estaba afuera de ella, también su madre resulta ser claustrofóbica con respecto a ella. Y que si la hubiese tenido no le hubiese sucedido nada de todo esto, no habría enfermado.

“Nunca nadie ocupará tu lugar” (frase de Isabel dirigida a la madre) implica dos cosas: que hay un lugar vacío dentro de ella, que lo que estaba dentro de ella ya no está, y que no introyectaré ningún nuevo objeto en ese espacio. Espacio vacío pero imposible de ser llenado; Isabel no quiere. Ha hecho tam-

bién claustrofóbica a la posibilidad de que algún subrogado materno se convierta en madre para ella; en ese lugar hay sólo una “imagen negativa”; no hay nada, no puede haber nada y si llega a haber algo será negativo (peligroso) para ella, ya que está en contra de su deseo (recordar además la “prohibición” paterna). Sólo puede estar la madre; pero la madre está muerta; se da cuenta y la añora. Sólo puede tener allí a la madre muerta; como no es posible, divide, trata de darle vida, de alimentarla para hacerla vivir y negar su muerte, su profundo vacío interior, que es la raíz de su angustia.

E Isabel piensa en la madre que no está, la de los primeros meses, la “viva”, que está fuera de ella; es decir, el pensamiento de Isabel con respecto a la madre, y unido a la madre, está fuera de Isabel; una parte de Isabel está afuera de ella, con la idea de la madre; al sacar la madre de ella ha sacado también un aspecto de ella, que, como acompaña a un objeto claustrofóbico con respecto a ella, es claustrofóbico también; es nuevamente una parte de su yo, es su yo claustrofóbico.

Y pensemos en la continua añoranza de Isabel sobre las cosas que antes hacía y ahora no. Algo de ella está separado de ella, está fuera de ella. Tiene una parte, un aspecto de ella que no está con ella, sino que está fuera de ella; su yo claustrofóbico. Y todos los pensamientos, fantasías y palabras con respecto a todas esas cosas fuera de ella, son referencias al aspecto de ella, afuera también de ella; a su yo claustrofóbico.

Y el pensar en esas “cosas”, en su yo claustrofóbico, es una manera de manifestar que no está dentro de ella, pero que está de cualquier forma: que existe, tiene un lugar, que no le ha pasado nada, que no ha desaparecido, ni que se ha muerto. Es una forma de controlar el “estar” de su yo claustrofóbico y que está como ella lo necesita; no está dentro de ella, pero tampoco está tan fuera, tan lejos de ella, que se haya perdido que no esté.

Y ésta es también la función de “EL TIEMPO DETENIDO”. Evitar la sensación depresiva de pérdida del objeto y de parte del yo (“Las cosas están ahí nomás, en el año pasado”). Sólo que Isabel maneja el Tiempo como Espacio. “Deteniendo” el Tiempo, Isabel siente como que detiene el alejamiento, pero no el temporal, sino el espacial. Y maneja el Tiempo como Espacio, porque sólo así “puede” dominarlo.

“Controla” el Tiempo (situación depresiva), negándolo, transformándolo en Espacio al cual “puede” dominar mejor, “dividiéndolo”.

Y la angustia ante el lugar (ver “Necesidad de Angustia”) sería de tipo paranoide. Es decir, se defiende de sus angustias depresivas con sus angustias paranoides. La situación depresiva sería la constatación de la pérdida, de lo “vacío”. Y la situación paranoide sería equivalente al control del “vacío”, a través del control producido por la disociación.

Y en ocasiones parecería como si Isabel intentase “acercar-se”, recuperar el Tiempo Perdido, a través de sus tentativas de “unión”, de “acercamiento”, de los “lugares”.

Y a “vuelta de lo negado” aparece en el “vacío”, características de “un tipo de espacio”, pero también del “tiempo de Isabel”, de lo que hizo Isabel con el tiempo, al reducirlo a la nada, a lo que no existe, al “vacío”.

MAS SOBRE EL YO CLAUSTROFOBICO Y YO AGORAFOBICO

Yo creo que el agorafóbico tiene un yo agorafóbico y un yo claustrofóbico; en todo caso, una parte o aspecto de su yo, que no puede vivirlo o sentirlo adentro también, unido a la otra parte, debiéndolo vivir “afuera”, en el sentido de “separado”, disociado del otro. Es decir, que con respecto a los límites de su cuerpo, a su esquema corporal, ese aspecto necesitado de ser “expulsado”, se comporta como claustrofóbico con ella, en ese momento identificada con su yo agorafóbico.

El otro aspecto (el “expulsado”) lo “desconoce” como parte integrante de ella; no tiene la vivencia psíquica de que existe ese yo claustrofóbico. Sólo “conoce” al objeto en el cual “introdujo” su aspecto claustrofóbico; a partir de ese momento queda “pendiente” o “en dependencia” del objeto. Ya no lo puede dejar “ir”, no por el objeto en sí, sino porque ese objeto al “irse” se lleva algo de ella. Pero tampoco lo retiene completamente; lo que hace es “conservarlo” a una cierta distancia, en la “zona”.

Y la relación con el objeto es una “ficción”; conserva el objeto para conservar su otro yo (es una relación con ella misma a través de un objeto).

Por eso es que no estoy de acuerdo con las afirmaciones de Helene Deutsch y Fenichel en el sentido de que las actitudes del objeto al mostrarse bueno con ella, contribuyen a mejorar la relación con la figura parental, representada por el objeto. En todo caso la inversa sería también válida, ya que la buena relación con ese objeto puede más bien constituir un peligro, ya que sería sinónima de “peligro de unión”; y ella tuvo que separar parcialmente para que no se produjera la “unión”. El objeto debe tener una cierta “zona” de movimientos, pero con “límites”; ni con ella, ni sin ella. Y hasta tal punto es independiente de la conducta o actitud del objeto, que, en ocasiones, Isabel está tranquila cuando el objeto está con ella, y en otras, desesperada si también el objeto está con ella; llega un poco un momento en que el objeto “no sabe qué hacer” para que Isabel esté bien, porque lo que hoy sirve, mañana no. La buena actitud del objeto puede ser tanto tranquilizadora como aterradora. Todo depende de la necesidad de Isabel de “cercanía” o “alejamiento” de su otro yo, “colocado” en el objeto. La actitud del objeto no

interesa. “Solo necesito que esté, Dr. Mom”. Es decir, que no se vaya del todo ni se acerque demasiado; que esté en la “zona”.

Y es ésta la máxima anulación del objeto; y ése es el concepto que, al darse cuenta, aterra a Isabel; ha utilizado su atractivo, su histeria digamos, para “atraer”. Pero para sus fines, sin interés por el objeto en sí; y lo ha sacado de la “calle”, de “afuera de ella” para hacerlo vivir en dependencia de ella, “dentro de ella”, pero sin contacto con ella. Lo ha “engañado”; se hizo pasar por “claustrofóbica” (estaba en la calle), pero en realidad era una “agorafóbica” (que estaba en la calle “buscando”, por necesidad, su otro yo) que iba a convertir el objeto claustrofóbico en agorafóbico; es decir, le iba a hacer “mal”. No se iba a ir con él; se lo iba a llevar con ella. Isabel es una sirena

RELACION ENTRE SUS DOS SINTOMAS PRINCIPALES

Y me gustaría, tomando una serie de ideas anteriores, realizar la unión entre los dos aspectos que mencioné al comienzo de este trabajo: su agorafobia y su miedo a quedarse sola. Y la razón de su transformación de uno en otro, del segundo plano a que quedó reducida su agorafobia (no por superada, por supuesto), y del primerísimo que adquirió su angustia a la soledad que junto con los métodos de control tendientes a evitar tal posibilidad, constituyeron el elemento más destacado de esta paciente.

Dijimos anteriormente que su sensación de “vacío interior” había sido llenada con objetos muertos (a quienes ella trataba de hacer vivir). “Afuera de ella” están la madre y el padre, es decir, los aspectos de los padres que ya no tiene más; los aspectos vivos. El padre en la calle, era vivo; la madre, fuera del “cuarto cerrado”, también.

Si sale a la calle va a “levantar” a alguien; por tanto, ha salido para buscar algo o alguien que estaba “fuera” de ella. Y los busca en el lugar donde pueden estar los objetos ubicados “fuera de ella”: en la calle, espacio abierto. Y allí están la madre-vaca y el padre claustrofóbico. Y parece en todo caso que sólo pudo encontrar a este último y traerlo para que “hiciera”¹ de madre, para que en todo caso “suplantara” a la madre. (Recordar la fantasía de la vaca donde Isabel, enloquecida, se calma algo cuando llega Carlos). En lugar de la madre, tiene al padre; pero ella quería conseguir a la madre. Y trata de hacerlo a través del padre-hombre, el objeto de afuera, que trajo consigo. Pero ese

objeto quiere irse siempre, ya que es claustrofóbico. Y si se va, es como si se le fuera también la posibilidad de lograr la madre. Y tendría que salir a buscarla si esto ocurriera; aunque la realización de ese hecho implica desde ya que se ha quedado sola; si no, no tendría por qué salir. Y parecería, en cierto sentido, ser una situación análoga a la otra. En todo caso, hay una relación entre el “estar sola” y el “movimiento” inmediatamente posterior que Isabel realiza. Es como si dijéramos que “el estar sola” en el sentido de “sentir” que le falta una parte, un aspecto de ella misma, sensación que puede ocurrir tanto afuera como adentro, condiciona, determina, la aparición de la angustia. Y el que la angustia tome en ocasiones una dirección hacia afuera o hacia adentro, está dada porque la sensación de “vacío”, de soledad, sea experimentada adentro o afuera, respectivamente.

De ahí que Isabel sale, como una claustrofóbica, cuando se siente, cuando está “sola” en la casa. Es decir, cuando le “falta algo” dentro de su casa, sentiría el impulso, la necesidad de ir a buscarlo afuera; y “sola” implica esto, que hay “algo de ella” que le falta en ese momento.

Y a la inversa, vuelve, como una agorafóbica, cuando se siente “sola” en la calle, afuera. Y de la misma forma, cuando le “falta algo” de ella afuera, sentiría el impulso de ir a buscarlo adentro, a su casa; y “sola” afuera implicaría que esa parte de ella que le posibilitaría el estar afuera, no está; hay un “vacío” con respecto a esa parte.

Entonces, la angustia claustrofóbica de Isabel, es la defensa contra el “cuarto vacío” (el adentro vacío). Y a la inversa, la angustia agorafóbica de Isabel es la defensa contra la “calle vacía” (el afuera vacío).

Y con respecto al “acompañante” (Representante exterior del objeto internalizado, no asimilado y de una parte de su Yo), se comprende que, cuando le falta, Isabel tenga el impulso de salir corriendo a la calle a buscarlo. En un “descuido” el objeto claustrofóbico se le ha ido acompañado por una parte de su yo (lo que ella puso en el objeto), que ahora está en la calle, que por estar en la calle, fuera de ella, y con un objeto claustrofóbico es claustrofóbico también. Pero ella, privada de su yo claustrofóbico, no puede salir. Sólo puede dominar y retener al objeto claustrofóbico y a su yo claustrofóbico “forzando” en agorafóbico al objeto acompañante, depositario de sus objetos internalizados y de su yo claustrofóbico. Pero no puede convertirlo en agorafóbico totalmente ya que mataría a su objeto y a su yo claustrofóbico.

Como vimos antes, la disociación la salva de la “muerte”, en una u otra forma. De ahí la enorme angustia cuando entre Marta y ella no hay “límites”; eso implica que Marta, claustrofóbica latente y agorafóbica forzada, ha perdido su aspecto claustrofóbico. Ya no le sirve de nada, porque un objeto que es totalmente agorafóbico no puede contener un aspecto claustrofóbico. Debe tener “algo de claustrofóbico; aunque sea el deseo latente de irse. Y Marta ya no lo tiene, y lo mismo, en un cierto momento, le pasa a todas las personas del “desfile”.

Y por eso es importante que haya un objeto que tenga, que sirva los aspectos claustrofóbicos; y los elementos claustrofóbicos que se “depositarán” en el objeto acompañante, son el anterior objeto internalizado, idealizado, no asimilado y claustrofóbico, y el propio yo claustrofóbico de Isabel. Y es por eso que la angustia de Isabel ante la ida periódica del objeto acompañante, es una “necesidad”, es vital. Le asegura que su objeto internalizado y un aspecto de ella misma están. Pero para que estén es condición indispensable que el objeto acompañante que lo alberga, sea, esté. Que sea claustrofóbico pero “que no se vaya del todo”, que esté.

SOLO UN POCO MAS SOBRE YO AGORAFOBICO Y YO CLAUSTROFOBICO

Su yo claustrofóbico es el que puede salir a buscar los objetos perdidos (padre y madre) y el que le “permite” la posibilidad de substituirlos por objetos vivos, ya que los anteriores están muertos.

Su yo agorafóbico es el que la hace quedar en casa, no salir para no darse cuenta que los objetos que quisiera buscar están muertos y que no hay nadie. Isabel, identificada, siendo, actuando con su yo agorafóbico, es la Isabel de “duelo”, que se arregla con muertos. En una defensa de su claustrofobia que es muy deseada, añorada, ya que es su posibilidad de recuperar a los padres, pero muy temida, ya que el ser claustrofóbica le posibilitaría salir, con el miedo de darse cuenta que afuera no hay nadie ni nada. Sólo un vacío. Su agorafobia sería la tentativa de reconstrucción de una madre, sea como sea. Y esto significa que sería con muertos, ya que con su agorafobia “mata” a los objetos vivos, claustrofóbicos con respecto a ella (como la madre, “viva” fuera del

cuarto). Y “mata” a los objetos, al encerrarlos, convirtiéndolos en agorafóbicos.

Evita el salir para no darse cuenta que afuera no hay nada. Con su agorafobia construye un “mundo de muertos”, que necesita idealizar y que no puede asimilar.

Y la curiosa sensación que tuvo a veces, de que al salir a la calle las paredes caen, unida al sueño de las “estatuas caídas”, indicaría como con el salir afuera, su máximo temor sería el constatar la “caída” y “desmembramiento”, (muerte, ausencia, vacío) de las estatuas familiares que son de piedra, y que por ser de piedra y por ser estatuas implican que lo que representan está muerto, no existe. No está.

MIS OPINIONES

SOBRE ALGUNOS ASPECTOS

DE ESTE CASO

Entre los variados aspectos que presentó este caso, intentaré resumir — con miras a una simplificación— sólo tres de ellos:

1º) Yo del agorafóbico. Es un yo escindido, dividido en dos:

- a) Yo agorafóbico.
- b) Yo claustrofóbico.

2º) Los yo del agorafóbico:

- a) Nunca se unen del todo.
- b) Nunca se separan del todo.

c) Alternativamente, el paciente puede identificarse con uno u otro, puede “ser”, en un momento dado, agorafóbico o claustrofóbico. El destino del otro aspecto, no tomado por la identificación, puede ser la proyección externa o la proyección dentro del mismo cuerpo.

d) Pueden estar en el mismo cuerpo, pero separados, constituyendo —y alternativamente, dependiendo del momento— uno la envoltura y el otro el núcleo.

e) Pueden estar en cuerpos distintos.

- f) Entre los dos, siempre hay una “zona” que impide, tanto la unión como la separación.
 - g) La penetración de uno de ellos (o de los dos) en un cuerpo, transforma a éste; lo convierte en custodio de ese yo, adquiriendo al mismo tiempo las propiedades del yo que alberga. Y sometido al control de ese yo que, desde el interior, parasita, debe ser alimentado y “destruye”.
 - h) Y en otras oportunidades, esta misma penetración en un cuerpo puede tener finalidades reparativas.
- 3º) Objeto internalizado, idealizado, no asimilado:

- a) Está en el paciente, en su interior.
- b) Está con un aspecto de él (parte del yo).
- e) Está separado del otro aspecto (de la otra parte del yo).
- d) Es un objeto “muerto”.
- e) Fue internalizado con el objeto de controlarlo internamente y/o para devolverle la “vida”, “alimentándolo”.
- f) Es, por lo anterior, un objeto que parasita, debe ser alimentado, y destruye o no.
- g) Es, por tanto, equivalente a la parte del yo del paciente, que dentro de otros cuerpos, hace lo mismo que el objeto internalizado, no asimilado, hace en él.
- h) Y el paciente es, para el objeto internalizado, lo que el objeto acompañante (objeto externalizado) es para el yo del paciente, internalizado en él.
- i) Pero cuando el paciente “actúa” con la parte del yo unida al objeto internalizado, no asimilado, en realidad parecería haber asimilado esa parte y por tanto, esa parte y el objeto internalizado no estar tan no asimilado (el objeto). Y en el curso del trabajo me he planteado este interrogante.

A MODO DE CONCLUSIONES FINALES

Esquema de la psicopatología de la paciente

En un principio, el objeto-psicoanalista que se va de ella (después de haber irrumpido en ella), se lleva con él aspectos del objeto internalizado, no asimilado y claustrofóbico, y aspectos del yo claustrofóbico, que estaban situados en el “interior” de la defensa agorafóbica de Isabel. Es decir, que un objeto “claustrofóbico” se ha llevado toda su claustrofobia, no quedándole a ella nada más que su agorafobia. Naturalmente que el peligro de separación total, de fragmentación de su yo (y no el de unión), ocupa aquí el primer plano. Y de tal modo, que para tratar de evitar ese peligro, no puede sino “introducir” también en el nuevo objeto su yo agorafóbico, realizando, desde el interior del objeto, un control agorafóbico de los aspectos claustrofóbicos de ella misma, identificados con los del objeto de por sí claustrofóbico. El objeto fue “traído” de afuera y se vuelve a ir afuera. “Ud. viene, se queda una hora y se va. Ud. no es seguro, Dr. Mom”. Es un cambio en la ubicación. El control sigue siendo agorafóbico. Pero mientras anteriormente, la agorafobia, desde “afuera” (del objeto y yo claustrofóbicos situados en el interior) impedía, “cercándolos”, que se fuesen, posteriormente (en el objeto nuevo), desde “adentro”, la agorafobia impedía, “atrayéndoles”, que se fuesen también.

Y la “zona” entre los dos, separando, disociando los dos aspectos o partes (los dos yo), pero dentro del mismo objeto. Siendo esto la representación en el exterior de cómo es la disociación interna de Isabel.

Antes, “agorafobia” afuera, “cercando” a la “claustrofobia” adentro) el mayor peligro habría sido la unión ya que las dos fuerzas (la claustrofobia que tendía a “salir” y la agorafobia que tendía a “entrar” iban al encuentro.

Posteriormente (“agorafobia” adentro, “atrayendo” a la claustrofobia afuera), el mayor peligro habría sido la desunión, ya que las dos fuerzas tenderían a separarse entre sí.

He mencionado también en el curso del trabajo, la disociación y control entre los dos yo, realizada en dos objetos, ante el temor al fracaso en la función defensiva de la “zona” en el objeto único.

Creo además que ese esquema de los mecanismos de control y dominio de ella a través del control y dominio de los objetos

—que intentaría simplificar en dos circunferencias, con un centro cada uno y una zona intermedia— reproduciría cronológicamente (y a la inversa de la cronología seguida en el trabajo) sus técnicas de dominio: al principio se “mete” con el objeto, en el objeto; lo acompaña “yendo” con él; lo seduce y lo “atrae”

para luego en un segundo tiempo, “meterlo” en su casa (ella misma), “enmarcándolo”, encerrándolo (control agorafóbico externo del objeto y del yo claustrofóbico). Y naturalmente, el mecanismo de curación debe tratar de hacer desandar el camino andado. (Actualmente Isabel está en la etapa de identificación proyectiva sobre el objeto). Y la “zona” limitaba la expansión o retracción exagerada de esas distancias máxima y mínima, que eran los límites. Esa era su función. Es decir, las técnicas claustrofóbicas y agorafóbicas dan los “límites” de la “zona”, del Espacio, lugar o sitio, donde, en función del “haber lugar”, vive o “dura” Isabel. Pero vemos como el miedo de Isabel en cada una de las dos etapas antes mencionadas, era, por un lado, la “unión” destructiva, y por otro, la “desunión”, destructiva también. Y en ambos casos, desaparecía la “zona-baluarto”. En el primero, *porque al “unirse” dos elementos separados, desaparece* lo que los separaba; en el segundo, por la expansión sin límites que conduciría precisamente a no haber límites, a la transformación del espacio limitado en “vacío”, en nada. Y en ambos casos, la secuela lógica de la pérdida del espacio, del lugar: no ser, no estar.